



GIJÓN, 1.º DE ENERO DE 1926

CIENCIA :: ARTE :: SOCIOLOGÍA

DELEGACIONES
EN TODA ESPAÑA
Y AMÉRICA

Redacción y Administración
Anselmo Cifuentes, 10

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre..	3,00 Ptas.
Un semestre..	5,50
Un año.....	10,00

SUMARIO

PRELIMINAR.

A. Schulten: *Cariño.—Mi investigación arqueológica en España.*

Gonzalo de Reparaz..... *La Guección de Marruecos tal cual es.*

José Antonio Balbontín..... *Poeta del Pueblo.*

REDACCIÓN: Gonzalo de Reparaz. *Biografía y contorno de su obra.*

J. Vasconcelos..... *Un mapa estético.*

Ernesto López-Parra..... *Rutas Teresianas.*

José Loredó Aparicio..... *La conferencia de Locarno.*

Benito A. Buylla..... *El alma musical rusa.*

Paulino Vicente..... *Retrato de Pablo Iglesias.*

LIBROS.—Eugenio Domingo: *La tierra de María Santísima*, por

Benito Más y Prat.—*Dos pueblos de Castilla*, por J. Gutiérrez Solana.—*Ar-*

chivo español de Arte y Arqueología.—Centro de Estudios Históricos.

J. L. A.: *Archivo de tradiciones populares*, por Aurelio de Llano Roza de Ampudia.



A-894174



00000894174

Presiminar

Ya tienes lector, en tus manos, parte de lo que prometimos en nuestro prospecto anunciador.

Decíamos en él que VERBA salía movida por un encendido amor a los problemas y temas de cultura nacionales y que en el tiempo que la fuera permitido vivir, iría desdoblando la obra austera y positiva de nuestros preclaros hombres para conocimiento y utilidad del gran bloque de españoles interesados en la cultura y en las ideas.

El momento actual demanda imperiosamente que se realice esa labor. Y puesto que no es acometida por los valores intelectuales que gozan la hegemonía del favor público, la acometemos unos cuantos amigos anónimos, desde un apartado rincón de la Península.

Pretendemos que la Revista sea un objetivo o placa reveladora de las pulsaciones más serenas, más dulces y encumbradas de la vida española. Que su radio, sea un radio de acción espléndido y confortable, lleno de luz y aroma vernácula, de calor y nevadura presente.

No quisiéramos por nada del mundo tener que hacer concesiones ni vivir sujetados al ambiente, ni que la pureza de nuestro sueño cayera en el pantano de la ñoñez y la frivolidad. Antes de pasar por tan ominoso trance dejaríamos gustosamente de existir.

Seríanos inmensamente grato ver representado en VERBA el temblor humano de todos los hombres que forjan sus ilusiones en un mañana más equilibrado y normativo de justicia y que fuera asimismo un obelisco de belleza literaria entre «Alfar» y «Occidente»—modelo de revistas en su género—pero recogiendo en la misma antena lo que éstas dejan de hacer en el orden nacional. Todo ese gran bagaje de cultura, batido y entrelazado con la esencia de los problemas y genio de la raza ibera.

José Ortega y Gasset, que nos tiene hablado en «España invertebrada» de «compartimentos estancos» en tono de reprobación,—dando un espaldarazo a la homilía—, ha creado un nuevo compartimento dentro de las Letras.

Por travesura de la sangre, el español no puede fundirse en los demás ni vivir si no es en un espacio limitado convertido en santuario. La amplitud del contorno y las convulsiones atmosféricas parece que le angustian e impermeabilizan su endermis cerebral. Parte no minúscula de los males eternos que arrastramos como nación en el ámbito de la civilización, tienen su origen en ese capital defecto de desenvolvernos bajo cripta y oficiar ante ocho o diez personas que encienden y apagan una misma lámpara votiva todos los días.

Extramuros de esas Cofradías del pensamiento, pasean varones de elevada progenie intelectual con cuya obra, imantada en principios permanentes de belleza y de humanidad, está consubstanciada VERBA y tratará con un supremo arranque que no sean preteridos y que ocupen el puesto preeminente que les corresponde.

No explanamos deseos, condensados en programas, porque éstos siempre que se formularon quedaron incumplidos.

El lector, ávido de excelencias éticas y manifestaciones artísticas, hallará en VERBA cada mes, un rico manantial de ellas. No será Revista de determinada secta, sino de todos los devotos del pensamiento. Sus páginas serán remanso amoroso de concepciones poéticas, de piezas literarias, de asuntos y cuestiones políticas, históricas, científicas, sociológicas y de producciones de todo género de arte, si la gracia y el cariño de los estudiosos no nos es negada y se suman con ardor a nuestra empresa.

CARIÑO

El mundo es un paraíso
allí donde no llega el hombre con sus quejidos.

SCHILLER.

La tempestad nos había tenido varios días en vilo en el perverso Golfo de Vizcaya, cuando por fin avistamos tierra, un panorama ansiado. Era la costa del Noroeste de España. Nos dirigíamos al Cabo Ortegal, para tocar tierra en el pequeño puerto de Cariño, donde nuestro buque había de tomar un cargamento de sardinas.

¡Cabo Ortegal! ¡Cuántas veces había deseado yo ver de cerca este punto, que tanto conocía por mis estudios! Pero Cabo Ortegal tiene difícil acceso por tierra y es muy raro que un barco alemán toque aquí. Este cabo forma el punto más occidental de la costa Norte de España y era ya, por esto, para los antiguos navegantes, una importante señal marítima. Los tartesios tocaban en el Cabo Ortegal cuando volvían de las islas de estaño de la Bretaña y, entrando por el lado oriental, navegaban a lo largo de la costa española del Norte. En Arubium (así se llamaba entonces Ortegal) comenzaba la ruta hacia el Sur. Desde aquí hasta Tartessos se calculaban cinco días con cinco noches de travesía. En el mapa de Ptolomeo aparece también indicado este notable Cabo, con el nombre de «Cabo de los tres cantiles blancos». El que ha visto estas tres islas rocosas con su corte escarpado, no las olvida jamás; es un panorama costero que se fija en el espíritu y una señal clara y visible para el navegante.

Los antiguos marinos tomaban por extremo oriental de la costa norteña el Cabo Higuer, cercano a Fuenterrabía. Es el que luego se llamó «Cabo de la Venus Marina», nombre

latino de una antiquísima diosa marítima a que se rendía culto en todas las costas del Océano. Esta Venus marina se nos reaparece hoy como Santa Marina en una islita del puerto de Santander, y como «Muller marina» (Muller=mulier), es decir, «Sirena», en el Cabo Estaca, el Cabo que se disputa con el de Ortegal la preeminencia de ser la punta del Noroeste de España. La antigua diosa marina sigue, pues, viviendo bajo forma de Santa. La Iglesia ha sido maestra en eso de conquistarse para sí a los que comulgaban ardientemente con el bello paganismo, sin más que convertir en santos a sus dioses paganos. Sólo así pudo triunfar el cristianismo, haciéndose un poco pagano, y todavía hoy el cristianismo de los pueblos del Sur, con el politeísmo de sus santos, tiene no poco de paganismo. En realidad son los antiguos dioses quienes han triunfado. Y con razón, pues cada cual debe poder elegir su Dios, el que más le cautive, por motivos locales o de sentimientos. ¿Para qué le sirve al pueblo ese Dios único sobrenatural al que no puede ver con sus ojos ni comprender? En cambio ve todos los días a los amados dioses del lugar y sigue sus huellas en las tierras y en los campos. Y como los navegantes tartesios acechaban aquella Venus marina que se les aparecía sobre la espuma del oleaje en el Cabo Estaca, tienden hoy su vista hacia el Cabo de Muller marina los pescadores de estas costas. Pasan siglos y milenios, pero los antiguos dioses perduran, como las rocas sobre las que imperan y el Océano de que emergen.

Era primera hora de la mañana cuando el barco paró máquina. Los ojos mediodormidos veían, por la mirilla redonda, una pequeña bahía de orillas morenas, peladas, con arena y

acantilados; en la playa algunas casas; otras en la lejanía, escalando el cerro. En el fondo, colinas con algún bosque y más al fondo las sierras desnudas. Cariño. ¡Cariño, que dulce nombre! Pues "cariño" significa en español afecto, simpatía. Y en verdad que aquel lugarejo alejado del mundo ha hecho honor a su nombre, para con nosotros. Sirvan estas líneas como señal de agradecimiento a sus hospitalarios habitantes desde la lejanía hiperboreal.

—«¿Cuánto tardaremos?»—le preguntamos al Capitán.

—«Unos dos días»—nos contesta sonriendo; pues sabía nuestra impaciencia por llegar a Málaga. ¡Nada menos que dos días!—«A menos que haya tormenta, porque entonces tendríamos que salir a escape de este agujero; no ofrece ningún refugio.»—Aquel nido de pescadores no parecía muy atrayente, pero se alegraba uno de poner otra vez el pie en tierra firme. Nos echamos, pues, a tierra, primero solo un grupo, después los demás y a la postre hasta el Capitán. En la orilla nos esperaban; no todos los días se ve aquí un barco, sobre todo un barco alemán. Los grandes ojos negros expresaban curiosidad, pero esa curiosidad candorosa y simpática que no enoja. Saludamos y proseguimos al pueblo, seguidos a distancia por aquellas gentes, que no dejaban acercarse a los niños que querían meterse por nosotros con la boca abierta; se veía en seguida que eran gentes afectuosas. Me dirigí a un caballero, que denotaba cultura; era, en efecto, el "cronista", un hombre instruido. Cuando le dije mi nombre, ví que ya le conocía; acababa de aparecer el famoso artículo de Ortega y Gasset sobre las "Atlántidas" y todo el mundo hablaba de Tartessos. Pronto entramos en una animada conversación, en la que intervenían cada vez más personas; y

seguimos adelante, escoltados por aquellos nuevos amigos. Nuestras damas no tardaron en encontrar rápidos adoradores en algunos jóvenes de mirar fogoso que les dirigían frases apasionadas, entusiasmados de conocer a unas rubias del Norte. La alegría era cada vez mayor. Así llegamos, divididos en varios grupos, al pueblo, donde naturalmente todo el mundo salió a nuestro paso. No había mucho que ver, pues hasta la iglesia era de ayer casi. En las casas, nos fijamos en los corredores de madera, semejantes a los de Suiza, y vimos también los graneros de madera, sostenidos sobre postes elevados, señal que en este rincón todavía quedaba un resto de bosque. La costa norteña es la parte de más bosque de España y Asturias una región verde. El señor Pita, el cronista, nos informó sobre la tierra y los habitantes y me procuró periódicos en lengua gallega. También aquí se nota un espíritu regional propio, aunque no tan fuerte ni con tanta animosidad contra la meseta castellana como en Cataluña y en Vasconia, basado también aquí en la coincidencia de rasgos étnicos peculiares, distintos de los castellanos. La lengua es muy análoga a la portuguesa, y ambas tienen de común, como base fundamental, el mismo elemento céltico. Me dijeron que había todavía en Galicia varios lugares con el nombre de "Céltigos". El tipo nórdico, rubio, abunda aquí; puede que, en parte, proceda de los Suevos, afincados en Galicia durante siglos. Como los Celtas, llegaron a España hacia 600 a. c. Han pasado desde entonces 2.500 años: ¡tan tenazmente se ha conservado aquí la raza céltica! La emigración de los Celtas desde sus tierras escandinavas, a lo largo del Océano, hasta el Sur, es la primera emigración meridional de los pueblos del Norte de que tenemos noticia: preludio de las expediciones de los

Cimbrios y Teutones y de la gran transmigración de los pueblos. Con los Celtas debieron emigrar también algunos germanos, pues más tarde encontramos en la meseta española, que por entonces pasó a ser celta, la tribu de los "oretanos, que tienen el nombre de germanos". Es el testimonio más antiguo de este nombre.

El Sr. Pita conocía también perfectamente las antigüedades de la comarca. Allí cerca, en Ortigueira, vive un excelente investigador local, el Sr. Maciñeira; desdichadamente, yo no disponía de tiempo para visitarle.

La Galicia antigua era una de las tierras del Occidente donde se obtenía estaño, y todavía hoy se encuentra. Así se explica que el nombre de "Casitéridas", que empezó dándose a las islas de estaño de la Bretaña y Cornwall, se aplicase luego, desde el año 100 a. c., a las isllas de la costa gallega, donde había también yacimientos de ese mineral. Los tartesios no conocían todavía estas islas, pues el navegante massaliota que nos cuenta sus viajes, sólo menciona el estaño de la Bretaña.

Se ha hablado de viajes directos entre el Cabo Ortegal e Irlanda, pero ese viaje no podía hacerse sin brújula y de los tartesios se sabe que seguían las costas del Norte de España; el camino es largo, pero más seguro. La navegación de los antiguos fué costera, hasta que la invención de la brújula redimió a los barcos de la costa.

Mientras nosotros hablábamos de estas cosas, los jóvenes platicaban a su modo. De nuestras señoras había una que hablaba de corrido el español; la otra apenas articulaba palabra, y esto le daba más encanto, porque siempre se ama más lo raro y lo exótico. En la hospitalaria España es frecuente observar que los extranjeros son mejor y más cortésmente atendidos cuanto mayor es su desam-

paro en el idioma. En casos tales, el español se siente caballero, mientras que a los extranjeros familiarizados con el idioma los trata más bien como a compatriotas.

Cualquier cosa que llamase la atención de los viajeros en las limpias tiendecillas o en las casas, al punto nos era mostrado y explicado con la mayor amabilidad. Pequeños recuerdos que quisiéramos comprar, teníamos que aceptarlos como regalo; imposible pagar nada. Sobre todo, naturalmente, cuando tomamos asiento delante de un vaso de vino, donde pronto nos sentimos todos amigos y contentos, sin que faltasen entusiastas brindis por la amistad entre Alemania y España. Hasta la noche no volvimos a nuestro barco, todos encantados de aquella sencilla hospitalidad, sobre todo los que venían a España por primera vez. Y yo mismo, que llevo veinticinco años viajando por España, me sentía de nuevo hechizado de este país sin igual en Europa, país de la cortesía.

La cortesía del francés es más fría y formalista y la "gentilezza" del italiano nace de su vivacidad meridional; en cambio, la cortesía del español brota del corazón, del afecto que le inspira todo hombre, pero sobre todo el extranjero. ¿Cómo se explica esta diferencia de carácter entre el español y sus familiares románicos, que en realidad tienen muy poco de común con él? La razón de esto está en que la raza española, que descansa en la de los antiguos iberos, está más cerca de la naturaleza que la de los otros pueblos europeos, y es menos corrompida por el materialismo moderno, y más fiel, por tanto, a su línea ideal de conducta.

Por eso, allí donde España se ve infestada por la peste de la industria, ha perdido estas preciosas cualidades; en Cataluña, v. g., se presentan a uno menos ocasiones de ensalzar

esta cortesía de corazón. Estas dotes se recatan, en toda su sencilla belleza, en las comarcas apartadas, "allí donde no llega el hombre con sus quejidos". De esta naturalidad nace el encanto de la vida española, que siente todo el que no haya perdido el sentido de las gracias naturales.

¡El cielo le conserve a España por mucho tiempo su don de cordialidad! Sería lamentable que España cayese también en las garras de la industria y de la fiebre de vida moderna, pues hasta aquí era el único país en que el dinero no lo era todo y en que el hombre no veía en el hombre al enemigo, sino al hermano.

"¡Incondicionalmente!", para todo, se nos ofrecieron nuestros nuevos amigos y se pusieron a nuestra disposición, al despedirnos. Esta palabra de siete sílabas compendia la cortesía española, pues no es una simple frase, por lo menos no lo es en las relaciones de amistad.

El dulce encanto del paisaje silencioso de la costa creció con la luz del atardecer. En las cimas humeaban las hogueras de los pastores y por el único camino que une a Cariño con el mundo rodaba, a paso lento, un antiguo coche de correo. ¡Cómo se aviva en esa hora la nostalgia de andar y viajar! El ansia de tierras lejanas se halla arraigada en lo hondo del corazón del hombre, al menos en nosotros, gentes del Norte, tan aficionadas a los viajes. La dicha está siempre en tierras lejanas y, como nunca llegamos a poseerla, no cejamos de sentir la nostalgia de la bella lejanía, donde están las islas de la beatitud y las tierras de la eterna paz. Y nunca es más fuerte esta ansia que en épocas como la actual, en que vuelve a desatarse la guerra de todos contra todos y la bestia humana sale de su cubil...

A la mañana siguiente volvimos a tierra. Todavía había en la playa

montañas de cajas de sardinas y había de llegar la noche antes de que todo estuviese listo. El ir y venir de los botes del barco a la playa y de ésta al barco, la carga de las cajas con las grúas y la operación de estibarlas, ofrecía cuadros divertidos. Los obreros, pobres diablos que cubrían sus carnes con una camisa rota, eran todo cordialidad, como las demás gentes; no se oían esas blasfemias y juramentos de los grandes puertos con sus cargadores abominables.

En la orilla nos esperaban los amigos, que nos llevaron a ver la salazón de la sardina. De ello vive el lugarejo como en otros tiempos vivieron los fenicios de Gades de la salazón del atún. Habíamos visto en alta mar a los pescadores de sardina. Sus barquillas bailaban sobre las olas, agitadas como cáscaras de nuez, y tan pronto desaparecían como salían a flote, luchando bravamente. Ahora, todos estos botes de pescadores, con sus colorines y sus velas triangulares, insignia amable de los mares del Sur, estaban alineados en la orilla. A la sombra de las barcas se sentaban las mujeres a tejer las redes, y con ellas los niños, precoces en el aprendizaje del trabajoso oficio. Los hombres no se ocupan de eso. Las mujeres trabajan mucho en toda esta comarca; ya los antiguos cántabros tenían fama de vivir del trabajo de sus mujeres, entregados a la guerra y a la holgura. Y algo semejante ocurría entre los germanos.

Hacia mediodía busqué un sitio para bañarme. No era fácil de encontrar, pues, fuera del puerto, la costa era escarpada y asomaban por todas partes los dientes de los cantiles. El mar, de un azul intenso. Costaba trabajo creer que fuese el mismo Océano que en el Norte se muestra tan gris y enfurecido. Aquí tiene el mismo color

azul del Mediterráneo. No se cansa uno de contemplar las olas jugando entre las rocas, tras de las cuales parece oírse, muchas veces, la carcajada de las ondinas de Böcklin. Nadie como él supo pintar la magnificencia de colorido y el encanto maravilloso de estas costas soleadas. ¡Y cómo fortifica el baño, primero en el oleaje y luego al sol! Pensé en el entusiasmo de las descripciones de Bismarck, en sus maravillosas cartas de Biarritz, por aquellos días halkyonicos que no habría de volver a gozar.

Por la tarde, los amigos de Cariño, hombres y mujeres, hicieron una visita a nuestro barco. Y como el barco solo tenía escalas de cuerda, también las señoras tuvieron que escalar, no sin ciertas dificultades, sobre todo las algo gordas. Nunca me ref tanto como al ver aquella escena. Una de las señoras se negó al principio a subir, mas luego, vivamente importunada por sus compañeras, comenzó la ascensión; pero hacia la mitad del camino perdió el ánimo y prorrumpió en una espantosa gritería, que los de arriba y abajo acogían con voces y risas. Al cabo, todos subieron felizmente y el Capitán, un germano alto y rubio, en medio de un tropel de españoles menudos y morenos, hizo los honores. Los visitantes inspeccionaron el barco con alegría y vino el momento solemne: ¡el momento de servir en el comedor la cerveza alemana! ¡Qué júbilo! y al

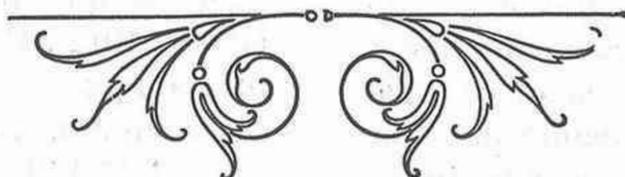
mismo tiempo ¡qué modestia! Bebieron varios por un mismo vaso, aun los caballeros, y todo el mundo rechazó, protestando, una segunda ronda. ¡Oh, continencia meridional, quien pudiera importarte en los países del Norte, como se importan las naranjas y el vino de Jerez!

Pero todo lo bueno tiene su fin, y si no fuese breve no sería bello. Ya se habían cargado a bordo las últimas cajas con los peces de plateada escama y abajo esperaban los botes por nuestros visitantes, para volverlos al muelle. La despedida fué lo más cordial que cabe imaginar y todos hicimos votos por volvernos a ver. ¿Volvernos a ver? ¡Quién de nosotros, alemanes, volvería a poner el pie en aquel puertecillo alejado del mundo! Tres veces sonó el pito de vapor y el barco puso proa al mar y fué lentamente buscando la salida de la ensenada, como si también él sintiese el dolor de la despedida. Nosotros lo sentíamos.

Tardamos en perder de vista los pañuelos blancos y de color que se agitaban en el muelle, hasta que torcimos hacia Occidente, proa a las tres islas del Cabo Ortegál, que ardían en los arreboles del Poniente. Cariño había desaparecido. ¡Adiós, Cariño! ¡Adiós, dulce y amable rincón de la tierra!

A. SCHULTEN

(Traducción de Wenceslao Roces.)



MI INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA EN ESPAÑA

El nombre del profesor alemán Adolfo Schulten, adquiere, de día en día, grato sonido entre nosotros. Es uno de los hombres más documentados científicamente en las capas y rutas del mundo antiguo. Veinticinco años de labor paciente y gloriosa, consagrados al estudio y descubrimiento de ciudades ibéricas, le colocan muy justamente en el plinto de nuestros afectos y fervida admiración.

El hecho bien determinado, de haber publicado él, en Alemania, la relación de sus trabajos hispanófilos, nos releva de hacer en este momento una extensiva impresión de ellos. Nadie mejor que el propio Schulten puede referirlos. Por considerarlo de culminante interés y oportunidad, la insertamos a continuación, dando con tal motivo, una grata sorpresa al lector, y satisfacción inmensa al eminente arqueólogo y sabio profesor de Erlangen.

Mi investigación arqueológica en España comienza el año 1902. Numerosas lecturas habían atraído mi atención sobre Numancia. Visité repetidamente la memorable y heroica ciudad y me prometí—contemplando el tranquilo lugar de Numancia y sus alrededores, donde acamparon y se establecieron las legiones de Escipión,—consagrarle mi actividad y dedicarle un trabajo. ¡La heroica ciudad y su gran victoria bien merecían un detenido estudio!

Durante los años 1902 a 1905, sobre el terreno, a la vista de la topografía de Numancia y con el conocimiento de las antiguas fuentes históricas y planos españoles, compuse un trabajo, «Numancia, indagación de una topografía histórica» (Berlín, Weidmann 1905) donde se fijó la topografía, y el perímetro de Numancia y su comarca.

En mi estudio decía que debía buscarse la ibérica ciudad en la superficie visible que encierran las murallas romanas y señalaba el probable lugar donde acamparon los soldados de Escipión. La realidad confirmó mis hipótesis: la ibérica ciudad fué encontrada entre los muros romanos y el campamento, en el lugar conocido hoy por el nombre de Castillejo. Todo me animaba a proseguir mis investigaciones. Con mil quinientos marcos empecé las obras de excavación en 12 de agosto de 1905 ayudado por Hern Constantino Koenen (actual Profesor en la Universidad de Bonn) y la misma tarde encontrábamos bajo los muros de la ciudad romana vestigios de una ciudad ibérica: vasos pintados, ladrillos, etc., todo quemado. Estos descubrimientos se repitieron en otros lugares: la célebre Numancia fué encontrada. Los españoles, que en 1863 descubrieron la ciudad romana, decían en su informe, subrayando las palabras, que no existía ningún vestigio de la ciudad ibérica.

A pesar de las excitaciones de la prensa local, que exigía la continuación de los trabajos por españoles, pude, no obstante, trabajar

durante cuatro meses, tiempo suficiente para regular los trabajos y fijar el plano de la ciudad. No podía pensarse en una continuación de los trabajos de exhumación de la ciudad de Numancia, porque para ello eran necesarios poderosos medios y diez años de continua labor.

En 1906 me dediqué al estudio del campamento de las tropas de Escipión que formaban la legión VII, ya señalado en 1905. Al mismo tiempo, una comisión española de excavaciones trabajaba en la antigua ciudad, con más celo que conocimientos, sin tener en cuenta que las influencias de las diversas culturas (romana, ibérica y neolítica) exigían no sólo conocimientos científicos, sino también una gran experiencia técnica. Y desgraciadamente la comisión española carecía de ambos.

Por los años 1906 a 1908 logré encontrar el campamento de Escipión y parte de las murallas. Los campamentos eran dos; el principal campamento de la legión estaba bien conservado, en cambio otros más fuertes estaban destruidos. Tal como se encuentran coinciden con la relación que hace Polibio. El dramático episodio de la defensa heroica y destrucción de Numancia aparecía ante nuestros ojos. El hallazgo del campamento de Escipión tiene importancia para la ciudad numantina porque está demostrada su identidad con las ruinas encontradas en la colina que hay junto a Garray. La fama de la heroica ciudad brilla más clara desde que conocemos el sitio donde se fortificó el primer General de Roma contra la humilde ciudad. Para la Historia romana también tiene gran interés el importante descubrimiento porque permitía examinar un lugar 200 años más antiguo que todo lo conocido hasta ahora.

El final de 1908 encontré en el camino de la Gran Atalaya, cerca de Renieblas, a cinco kilómetros al Este de Numancia, extensos restos de otro campamento. Tenía ante mí una nueva tarea, quizá no infructuosa. Estaba decidido a comenzarla, tanto más cuanto que tenía dispuesto todo lo necesario. Cuatro años habían durado las excavaciones en el campamento de Escipión, otros cuatro durarían las que íbamos a iniciar en Renieblas (1908 a 1912). Estos campamentos eran unos más antiguos y otros más modernos que los de Escipión. El campamento III era el del Cónsul Nobilior que en el año 153 atacó a Numancia, milagrosamente conservado y con los naturales cambios que completa la narración de Polibio. Después de ocho años, estaba en el fin de la excavación de Numancia.

Empecé con 1.500 marcos, pero las obras realizadas ascendieron a 50.000; de los cuales

una gran parte la facilitó S. M. Guillermo II y los Institutos Arqueológicos, varias Academias y el Ministerio de Cultura. Por parte de España no recibí ningún apoyo pecuniario, pero sí la aprobación del Gobierno y el unánime aplauso y la sincera alabanza de las personas cultas. De mis colaboradores nombraré, ante todo, al citado Herr Koenen, y al general Lammerer, cuyos valiosos mapas de los campamentos merecen conocerse.

Los objetos encontrados en Numancia fueron enviados al Museo de Madrid. Los del campamento, al de Mainz. En el «Archäol-Anzeiger des Jahrbuchs» (1905-12) se publicaron constantes relaciones de las excavaciones realizadas.

El país adecuado para publicar mi obra era España, pero como los hallazgos y trabajos eran debidos a alemanes me creí en la obligación de darla a conocer en mi patria.

Mi libro «Numancia, investigación de una topografía histórica», contiene lo siguiente: tomo I, base completa de la obra. Etnografía de los pobladores españoles anteriores a los romanos; una exposición del país y del Folk-lore de los celtíberos; historia de sus guerras con Roma. Los otros volúmenes contienen el resultado de las excavaciones. El tomo 2.º: la ciudad de Numancia; tomo 3.º; los campamentos de Escipión y tomo 4.º, el campamento de Renieblas.

Mis trabajos en Numancia llamaron la atención sobre las excavaciones. Durante los años 1905 al 12 también he realizado otros trabajos en La Guardia, en la desembocadura del Miño; en Juliobriga, cerca de Reinosa, y en Ampurias, la antigua Emporion y en todos estos sitios mis trabajos fueron continuados por los españoles. Al poco tiempo de publicarse el primer tomo de mi obra estalló la guerra europea que interrumpió mis trabajos durante cinco años. A fines de 1919 los reanudé; esta vez me esperaba una nueva tarea. Durante cuatro meses examiné las obras de Avieno y las inscripciones artísticas, y resultado de este estudio fué mi trabajo «Ora marítima de Avieno». Ayudado por el profesor Bosch y con mis materiales se editó por la Universidad de Barcelona

las «Fontes Hispaniæ Antiquæ», criticadas y comentadas, que son una recopilación de todas las fuentes antiguas sobre España. Las «Fontes Hispaniæ Antiquæ» contienen datos muy valiosos para una gran obra sobre la España Antigua, de la cual presenté un bosquejo en un artículo titulado «Hispania». En las «Fontes» figura una inscripción artística redactada por un massaliota 500 años antes de J. C., que es la fuente geográfica española más antigua que se conoce.

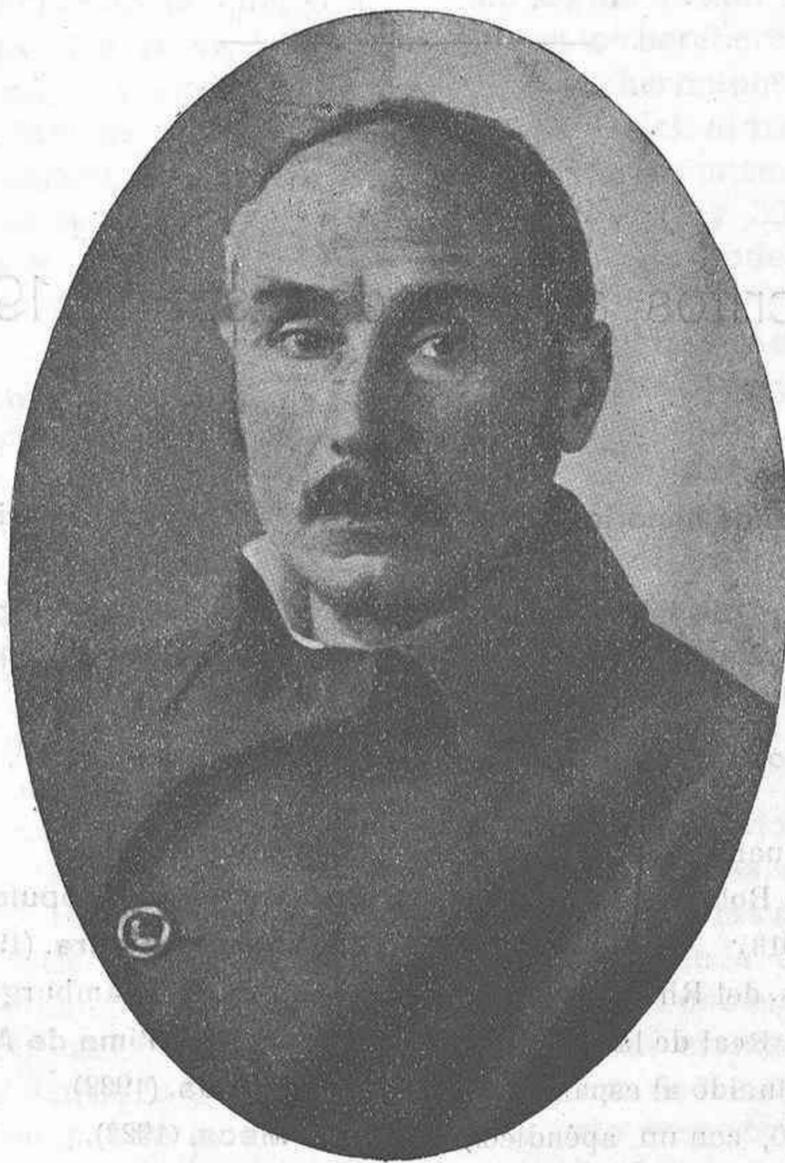
En mis viajes visité también Cartagena, la antigua Cartago-Nova, Cádiz y Estepa (Astapa). En 1921 fuí invitado por la Universidad de Barcelona y expliqué veinte conferencias sobre la «Ora marítima de Avieno».

Al terminar mis investigaciones topográficas es una gran satisfacción para mí el haber tenido como colaborador al general Doctor honoris causa, Lammerer. Juntos visitamos el antiguo lugar de Olerdula, ciudad ibérica, sita en Cataluña; un campamento romano en las inmediaciones de Sigüenza, el de Metelo, cerca de Cáceres, y en Munda hicimos un escrupuloso examen del teatro de la célebre batalla. En nuestro viaje de vuelta visitamos la

ciudad ibérica de Alpera (provincia de Albacete) y el pueblo de Bascula, cerca de Bailén, donde se celebró la batalla entre Escipión y Amilcar. De todos estos lugares levantó planos el general.

En 1922 inicié un nuevo trabajo. El viejo Periplo describe la antiquísima ciudad de Tartessos en la desembocadura del Guadalquivir; esto dió motivo a que la tradición se ocupara de esta ciudad y para desvanecer el error que sobre ella se tenía compuse un libro, «Tartessos, contribución al estudio del antiguo Occidente» (Hamburgo 1922) que contenía: 1.º Antiguísimos testimonios; 2.º Predecesores de los tartesios; 3.º Tartesios y Fenicios; 4.º Tartesios y Focenses; 5.º, Relato de la lucha entre tartesios y focenses; 6.º Los Cartagineses y derrota de los tartesios; 7.º Cultura de los tartesios; 8.º ¿Donde vivían los tartesios?

Tartessos es la ciudad y el centro de cultura más antiguo de Occidente y sus relaciones comerciales se extendían: por el Norte



D. ADOLFO SCHULTEN

hasta Inglaterra y por el Mediterráneo hasta Oriente, teniendo universal importancia por sus minas de estaño y plata. Por fin, en el otoño de 1922, encontramos vestigios de Tartessos. El Duque de Tarifa nos facilitó toda clase de medios para comenzar las excavaciones en el Coto de Doñana; el general Lammerer levantó los planos y nos prestó su valiosa ayuda el arqueólogo inglés Bonsor.

Los descubrimientos fueron muy impor-

tantes y entre ruinas romanas aparecieron otras de los antiguos tartesios. La investigación acerca de Tartessos suscitó otros estudios sobre el templo Herakles, cerca de Cádiz, y la renombrada ciudad griega en el Peñón de la Torre del Mar (a 28 kilómetros del Este de Málaga).

A. SCHULTEN

Traducción de J. Serrano Suárez

Mis escritos acerca de España 1905-25)

1. **Numancia, investigaciones históricas** (Berlín, Weidmann, 1905).
2. **Ampurias, ciudad griega de la costa ibérica**, («Nuevo Anuario de la Antigüedad Clásica», 1907)
3. **Polybios y Poseidonios en Iberia**, (Hermes 1911).
4. **Termantia**. («Nuevo Anuario 1911»; traducido al español para el Boletín de la Academia de la Historia, 1913)
5. **Origen del Pilum**. (Uns. del Rhin, 1911).
6. **Hispania**. (Enciclopedia Real de la Antigüedad Clásica 1913; traducido al español por Bosch, Barcelona 1920, con un apéndice.)
7. **Puntas de lanza sobre estelas funerarias**. (Boletín Hispan. 1912).
8. **Las excavaciones en Numancia y sus alrededores**. (Informe general). Revista Mensual Internacional, 1913. Traducido al español, Barcelona 1914; traducido al francés en el Boletín Hispan, 1913; traducido al italiano en el «Boll Assoz arch Rom» 1913).
9. **Poesías españolas de Marcial**. (Nuevo Anuario, 1913).
10. **Aldeanos de Castilla**, (Dentsche Rundschau 1913; traducido al español en «La Lectura» 1913).
11. **La Palabra «Altiplanicie»**. (Petermanns 1914)
12. **Numancia, resultados de las excavaciones de 1905-12**. (Tomo 1.º Munich, 1914).
13. **Una Agrupación de Ciudades Celtiberas**. (Hermes 1915).
14. **España y Alemania**. (Boletín Mensual Internacional, 1916).
15. **Viriato**. (Nuevo Anuario 1917; traducción española, Boletín Menéndez Pelayo, 1920).
16. **Un campamento romano de la guerra Sertoriana**. (Anuario del Instituto Arqueológico, 1918).
17. **Temas Arqueológicos en España**.
18. **España en el Quijote**. (Revista «Spanien», 1919).
19. **Tarragona**. (1920, traducido al catalán. Tarragona 1921).
20. **Ibiza**. (1920).
21. **Canciones populares españolas**.
22. **Medina Azara**. (1921).
23. **Avieno**. (Hamburgo, 1921).
24. **Ora marítima de Avieno**. (1922).
25. **Mérida**. (1922).
26. **Meca**. (1922).
27. **Texto para el «Panorama de Numancia»**, dibujado por H. H.
28. **Tartessos**. (Aportación a la Historia antigua de Occidente).
29. **La descripción más antigua de la Península Ibérica**. (Traducido al catalán).
30. **Tartessos**. (Boletín de la Academia de Córdoba, 1925).
31. **Coto de Doñana**, (1923).
32. **Gades**. (1923).
33. **Munda**. (1923).
34. **Avila**. (1924).
35. **Mainake**. (1924).
36. **Texto para «La Batalla de Munda» en K. V. Atlas de batallas**.
- 37/46. **Ocho informes sobre las Excavaciones en Numancia, y dos sobre las de Tartessos**, en el Archi. Anzeiger (Berlín 1905-14).
47. **Un alfabeto desconocido de España**.
48. **Emporion**. (1925).
49. **Sertorio**. (1925).
50. **Cariño**. (1925).
51. **Fuentes Hispanas antiguas II**. (1926).

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS TAL CUAL ES

ANTECEDENTES NECESARIOS PARA COMPRENDERLA

I.--Explicación preliminar

De la cuestión de Marruecos tal cual es a como la explican los periódicos va mucha diferencia. Faltan a la explicación las remotas raíces geográficas, étnicas e históricas. Imposible, por tanto, entender el asunto. No pudiendo exponerlas con la extensión necesaria (materia para un grueso volumen) ni prescindir de ellas, trataré de resumirlas en pocas líneas.

España es una Península africana adherida a Europa por el istmo pirenaico. Suelo, clima, fauna y flora son más africanos que europeos. País de transición, pero en el que Africa predomina. Los primitivos habitantes son también africanos. También lo fueron los de toda la Europa Central y Occidental hasta la llegada de los indo-germanos. De origen no africano solo hubo en España los euskaros o bascos, gente en pequeño número, de raza desconocida, pero septentrional seguramente. La Península sirvió de teatro a la lucha entre los hombres de estirpe indo-germánica (griegos y latinos) contra los semitas de Asia y Africa (fenicios y cartagineses al frente de la raza bereber, esto es de los semitas africanos). La segunda guerra púnica fué el episodio principal de esta lucha, de la que, vencidos los cartagineses, resultó la incorporación de España a la cultura romana o europea.

Caído el imperio romano vinieron los godos (y algunos suevos, vándalos, etc.) y fundaron el primer imperio español, que se extendía de la Galia meridional al Norte de Africa. Los godos no eran germanos puros; traían elementos tártaros. Eran, además, muy pocos: unos 200.000, entre hombres, mujeres, niños y esclavos. No modificaron, por tanto, la composición étnica de la Península, que siguió siendo bereber, los bascos aparte.

Los godos eran cristianos; primero arrianos; luego católicos; siempre fanáticos. Instalados como raza superior y conquistadora, expropiaron a la raza indígena, quedándose con un tercio de las mejores tierras, esto es, con todas las tierras buenas, pues en España más de la mitad de la tierra es de calidad inferior o mala. Además establecieron la capital en Toledo, esto es, en el corazón de la meseta central, o estepa castellana, tierra en muchas cosas parecida a las estepas del Sur de Rusia, de donde venían.

Los españoles despojados, sin enlace religioso con sus conquistadores, pues el pueblo seguía siendo semi-pagano, entendieronse con los bereberes del otro lado del Estrecho, sus hermanos de raza, y cuando se presentó Tarick al frente de ellos con 12.000 rifefios (de las mismas tribus que hoy pelean con España) y 300 árabes (oficiales de su ejército) los godos se hallaron solos y fueron barridos.

Tarick no fué un conquistador sino un revolucionario, recibido como libertador por los indígenas.

Así acabó el primer imperio español.

En su lugar levantose un segundo imperio, mucho más español que el primero, porque la raza indígena colaboró con los vencedores.

Fué el imperio hispano-musulmán, cuya capital, Córdoba, excedió en grandeza y cultura a todas las de Europa en tal proporción que puede calificarse de *la única*. El Jalifato cordobés fué, desde el siglo ix, el foco de la civilización Occidental y la más poderosa de las naciones de su tiempo, sobre todo después de desaparecido el efímero imperio de Carlo-Magno. Podemos considerarle como resultado de la reacción hispano-bereber dirigida por el elemento arábigo, contra la corriente europea, o sea de los semitas contra los indo-germánicos.

Éstos, reorganizados por la Iglesia, que contribuyó a sacarlos de la anarquía feudal, reaccionan a su vez, y auxilian eficazmente a los cristianos de España, refugiados en el Pirineo. El clero organizado (Cluny y el Cister, principalmente) dirigen la lucha dando las ideas fundamentales y los hombres. La contienda toma carácter religioso y social. Los cristianos son incultos pastores que aspiran al saqueo de los musulmanes, culpables de ser comerciantes, agricultores y urbanos y de poseer, juntamente con los judíos, la mejor parte de la Península y casi toda la riqueza de ésta. A pesar de tres formidables contra-ofensivas africanas (almoravides, almohades, beni-merines) triunfan los del Norte. Isabel y Fernando conquistan a Granada. Nace el tercer imperio español: el católico hispánico, mucho más débil que el anterior. Felipe II le completa con Portugal. Pe-

ro a semejanza de lo reyes godos (cuya tradición sigue este nuevo imperio) se instala también en la meseta, para, desde aquella soledad tétrica, regir el mayor imperio colonial que jamás existiera.

El pensamiento de éste no es político, sino teológico. Los vencidos (moriscos y judíos) aunque formaban la raza indígena verdadera, fueron exterminados o expulsados, y en ambos casos despojados. Los habitantes del otro lado del mar, ante la perspectiva de igual suerte, uniéronse a los turcos, a pesar de que los detestaban, e hicieron fracasar la cruzada cristiana, esto es, cerraron herméticamente el camino de la única expansión posible de España. Ésta, vuelta entonces hacia Europa, vióse también rechazada por su antigua madre espiritual. El desastre africano culmina en Alkazar-Kibir (4 de Agosto de 1578); la expansión marítima tan incompetentemente dirigida desde la meseta, fracasa diez años después, con la derrota de la Armada contra Inglaterra y la hegemonía europea acaba en Rocroy en 1643.

España, extenuada, abandona Africa siglo y medio después, retirándose de Orán, donde dejó el puesto libre a los franceses, al mismo tiempo que, ayudando a Francia a defender la independencia de los Estados Unidos, prolongaba su salida de América.

Desde lo alto de la meseta estos negocios políticos eran charadas indescifrables, y ¡siguen siéndolo!

II. -- Antecedentes inmediatos del conflicto actual

Los franceses desembarcaron en Argel en 1830. No tenían pensamiento político alguno. Pero como el apetito viene comiendo (según ellos dicen) la guerra argelina se le fué abriendo. Con el ejercicio de gobernar musulmanes, aprendieron esta ciencia difícil, que España nunca cursó, por no haber aspirado a gobernar sino a destruir. El 44, vencidos en Isly los marroquíes, pudieron entregarse tranquilamente los franceses a colonizar Argelia. El 81, seguros de ella, extendieron su dominio a Túnez. Entre tanto España, en vez de brindar protección al Sultán aterrado de la vecindad francesa, sólo pensó en continuar, mejor o peor, la vieja cruzada tradicional. Tal fué la campaña de O'Donnell, error gravísimo en el orden económico, en el diplomático y en el militar. Inglaterra supo aprovecharle brindando al pobre soberano marroquí con su preciosa amistad. Entonces España, vista la rivalidad franco-inglesa en el Moghreb, y no sabiendo obrar por cuenta propia, pues carecía de pensamiento político, se puso a remolque de la diplomacia inglesa. Remolcada y re-

molcadora quedaron derrotadas por su enemigo en las Conferencias de Madrid que Cánovas presidió (1880). Francia, ayudada por Alemania, obtuvo cuanto quiso.

De 1880 a 1898 la atención de los gobiernos españoles estuvo absorbida por el conflicto colonial: primero en Cuba, luego en Filipinas. A la nación esas cosas remotas poco o nada la interesaban. Entre tanto Francia, dueña ya de Túnez y Argelia, proseguía su política de infiltración en Marruecos. En 1900 su influencia política y económica era preponderante en dicho país.

Entonces, y como consecuencia de un tratado limitando las posesiones de España y Francia en el Sahara, trataron ambas naciones de repartirse diplomáticamente Marruecos. De estos tratos nació el convenio de 1902, exclusivamente hispano-francés. Pero el gobierno de Madrid, asustado de que su embajador hubiese negociado un tratado en el que no se contaba con el beneplácito de Inglaterra, negó su firma. Entonces entendiéronse Francia e Inglaterra a solas, si bien esta nación, para impedir que el imperio colonial francés llegase al Mediterráneo, hizo que se le reservase a España una zona, llamada de influencia, en el Norte. Siguióse una negociación hispano-francesa en la que esa zona quedó limitada, más otra al Sur cerca de Canarias. Los sucesos de Agadir, que la intervención inesperada de España en Larache (5 Junio de 1911) provocaron, dieron motivo a una nueva negociación de la que resultaron considerablemente disminuidas ambas zonas españolas.

III.-Situación diplomática en el momento presente

Los tratados relativos a Marruecos en esta última etapa son:

El de 1902. (Exclusivamente franco-español. No firmado).

El de Abril de 1904. (Anglo-francés).

El de Octubre del mismo año (Hispano-francés).

El de 1905 (convenio adicional hispano-francés.)

La conferencia de 1906 en Algeciras.

El de 1910. (Nuevo acuerdo especial hispano-francés).

El de 1912 (27 de Noviembre) último pacto hispano-francés hasta la fecha, y derrota completa de la diplomacia española.

Los tratados franco-germánicos de Febrero de 1909 y Noviembre de 1911, así como el Acta de Algeciras de 1906 han sido anulados por la última guerra.

Tales son los fundamentos diplomáticos

de la actual situación del problema de Marruecos.

Pero entran en él otros factores que le complican.

Francia va movida por poderosas fuerzas económicas y políticas, condensadas en núcleos muy influyentes, y por el pensamiento nacional de crear un gran imperio africano.

Inglaterra actúa por necesidades de su política imperial. El Estrecho de Gibraltar es el cruce más importante de rutas que hay

en el Globo. Dominarle es un gran paso para el dominio absoluto de los mares. No creo que la lucha por ese dominio sea cosa de escasa importancia para el público norteamericano.

Con lo dicho en el presente artículo queda el lector poseyendo la clave para interpretar acertadamente los acontecimientos presentes que le iré exponiendo con exactitud e imparcialidad según vayan produciéndose.

GONZALO DE REPARAZ

POETA DEL PUEBLO

Canten otros a la luna
maravillosa de Enero,
o al sol de Mayo que nieva
su gozo sobre el almendro,
o al resplandor de la gloria,
o al ídolo del dinero...
Yo quiero ser el poeta
de los dolores del pueblo...

La vida tiene prodigios
solo expresables en verso...
¡Maravilla de los astros
en la pureza del cielo!
¡Hechizo de los claveles
temblando junto a los senos!
¡Miel de los labios floridos!
¡Pasión de los ojos negros!
Todo esto es claro y fragante,
todo esto es fúlgido y bello...
Pero es más bello el deliquio
de los amores del pueblo...

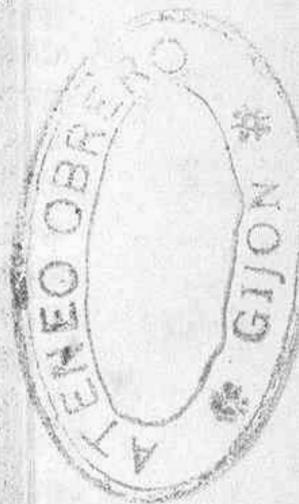
Madrid-Diciembre-1925

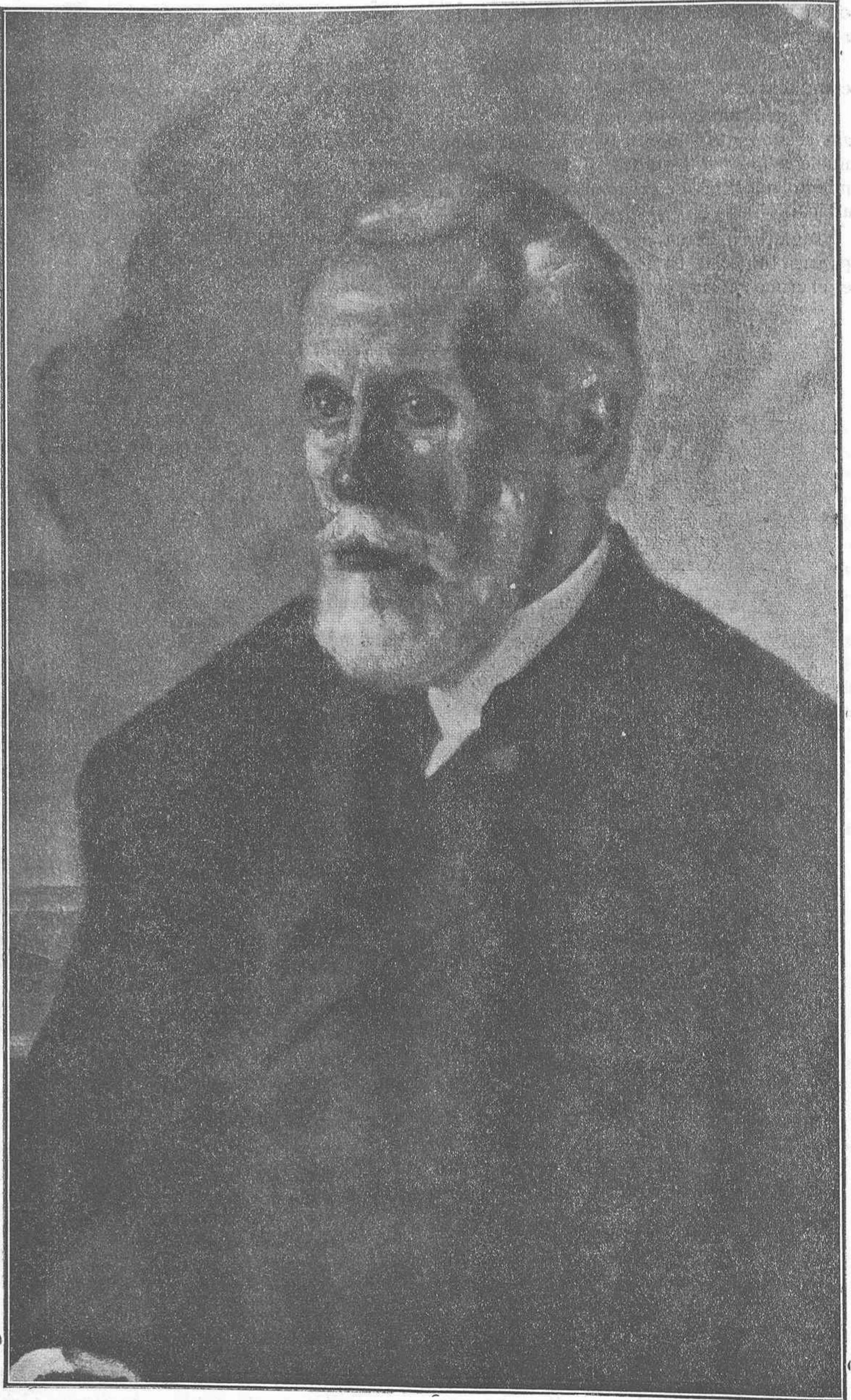
Quimeras de la Poesía
que entrecruzaís mi sendero;
quimeras de novia en fiesta,
quimeras de niño enfermo,
sueños de amor y de muerte,
de guerra y de encantamiento:
¡dejadme a solas con esta
mística luz de mi ensueño,
con el ensueño más puro
de mis arrobos supremos!..

¡Oh, la quimera sublime
que brinda al pueblo harapiento
la esperanza de una aurora
roja de vida y de anhelo!..
¡Oh, la alegría doliente
de vislumbrar, entre el cieno
de nuestra senda sombría,
el milagro de un sol nuevo!..

¡Yo quiero ser el poeta
de las quimeras del Pueblo!..

José Antonio Balbontin





PABLO IGLESIAS

por Paulo Vicente

GONZALO DE REPARAZ

BIOGRAFÍA Y CONTORNO DE SU OBRA

La biografía de D. Gonzalo de Reparaz contiene un capítulo de la Historia de España pintoresco y conmovedor. Su memoria revive cincuenta años entre famosos personajes del periodismo y de la política, vinculados en tremendos desastres nacionales.

En Oporto, lugar de su nacimiento, pasó los primeros años de su juventud entregado al estudio de las grandes obras universales y comenzando allí la carrera de escritor. Fundó, en compañía de varios amigos de colegio, el semanario «O Académico» y colaboró en el «Jornal de Viajens» y en «A Folha Nova» simultaneando la colaboración en el «Viajero Ilustrado» de Barcelona. También colaboró a la creación de la Sociedad de Geografía Comercial de la que fué primer presidente Oliveira Martins.

A medida que su fantasía se revestía con nuevo y más fino plumaje y se contorneaba en la ciencia geográfica, Oporto se achicaba en su retina, viendo en él un reducido campo de acción futura. España, por el contrario, se le ofrecía más varia y prometedora. Y a España vino, asentándose en la corte en 1881, sin recursos, y con una carga de obligaciones familiares capaz de encoger el ánimo más decidido.

Joven y desconocido en la sociedad madrileña, el porvenir, al principio, no se le presentaba iluminado. Sin embargo, al poco tiempo, tuvo la fortuna de ingresar en la «Correspondencia Ilustrada» con el haber de diez y seis duros mensuales. Más tarde, entró en la Institución Libre de Enseñanza, trabando conocimiento con los hombres más ilustres de la época: Giner, Torres Campo, Moret, Cossío, Germán Flores, Labra y Costa. Durante algún tiempo, ejerció el profesorado de Geografía de la Casa y escribió en el Boletín de la Institución, sobre temas geográficos, en unión de Joaquín Costa. A éste le ligaron fuertes lazos de amistad por virtud de las aficiones científicas y por el compartimiento de sentimientos morales. Con Costa y otros hombres más, Beltrán y Rózpide, Coello, Torres Campo, Ferreiro y Fernández Duro, organizó el primer Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil; fundó la Sociedad Española de Africanistas y trabajó en las expediciones llevadas a cabo por la Sociedad al Golfo de Guinea y al Sahara.

«Aquel poco ruido— escribe en «Aventuras de un geógrafo errante»— produjo dos hombres: Costa, el apóstol elocuente y desinteresado, y Osorio, el hombre de acción. Costa retiróse hastiado y desengañado al poco tiempo. Osorio después de la expedición de 1901 no menos hastiado que Costa».

Osorio — médico asturiano— se presentó a los miembros de la Sociedad Española de Africanistas que organizaban las caravanas al Occidente africano, con un redondo donativo en metálico y brindando su concurso personal a la expedición. Y bien acreditó su temple de hombre de acción recorriendo inflamado de ardor visionario las tierras de la Guinea continental, descalzo y ayuno de recursos, entre alimañas y antropófagos, sin que le detuvieran en su marcha de estudio e interés patrio la inaudita serie de calamidades que le salían al paso, ni el abandono de los demás expedicionarios, ni la terrible noticia del fallecimiento de su padre.

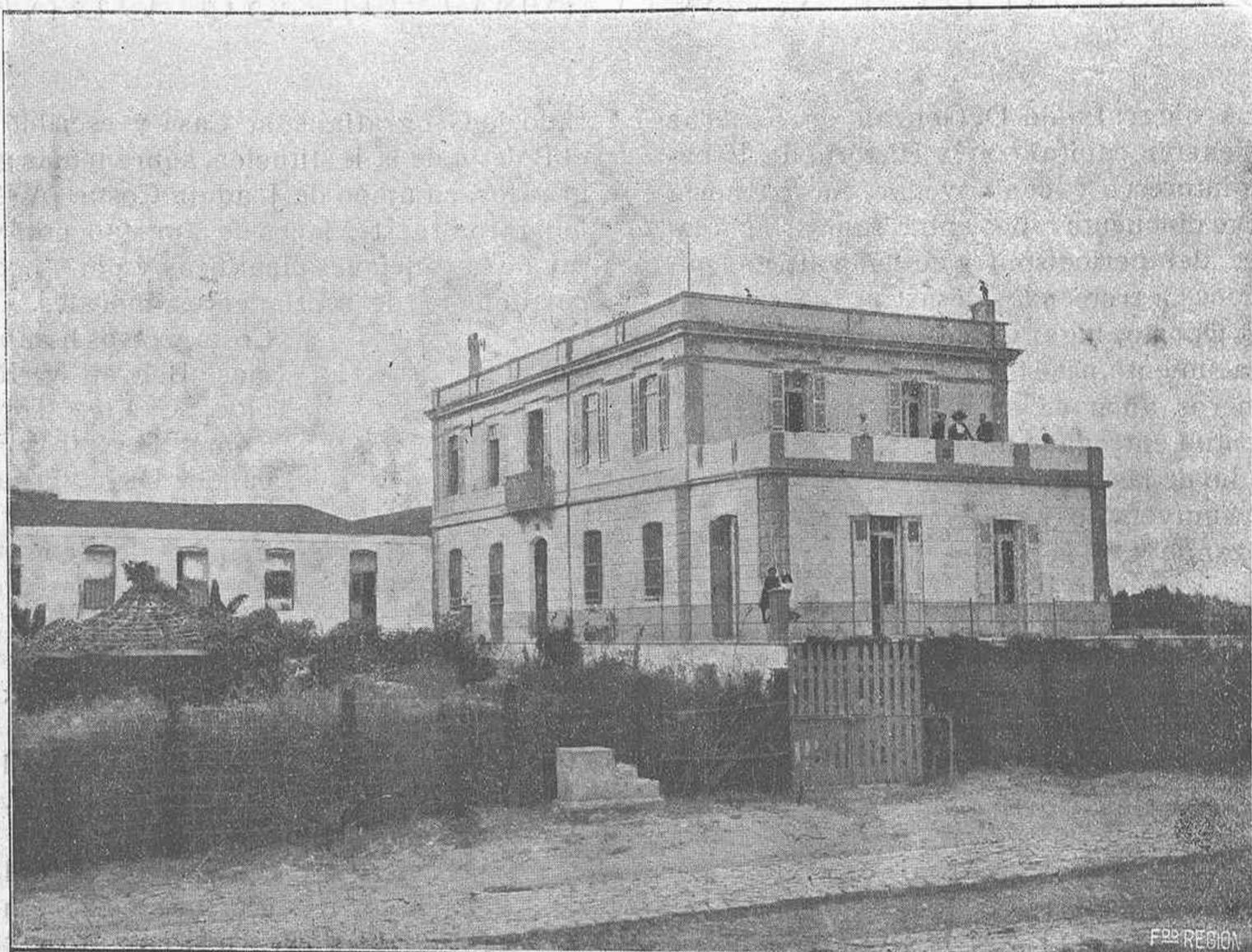
Antes de la hecatombe antillana D. Gonzalo de Reparaz escribió el libro «La guerra de Cuba», en el que se describe con todo de-



D. GONZALO DE REPARAZ

talle la orografía y régimen climatológico de la Isla, los rasgos étnicos, y se historia el primer levantamiento contra la dominación española más las innúmeras insurrecciones habidas hasta 1896, fecha de la aparición del libro y vísperas de la gran derrota.

Al ir a Marruecos su primer cuidado fué instalarse en Tánger, dando a su casa el nombre de Sidi-Omar, por llamarse así un santo moro enterrado junto a ella. Dejemos que él nos la describa: «La que al fin tomé, y que era pasmo de las gentes, estaba situada



SIDI OMAR (TANGER).—Casa del Sr. Reparaz

Por vaticinar los males que se cernían sobre España y que hicieron explosión en el 98, Cánovas le procesó y periódico hubo que le colgó el chusco apelativo *Agonizante de naciones*. La muerte violenta de Cánovas le libró del proceso que tenía encima y de ir a Cuba en calidad de soldado, recompensa que le había ofrecido el eminente estadista si seguía hablando de la guerra.

Después del año fatídico y de fin de siglo, su vida toma giros nuevos. Documentado en los problemas de instrucción y en los asuntos de la política africana y conocedor de la tramoya gubernamental, consiguió, a través de azares sin cuento, interesar a los personajes del escenario político, en el porvenir de la nación en Africa.

Sobre tal fin, trabajó en unión del Marqués del Muni en los tratados concertados con Decalssé en París. Al ponerse en vigor los acuerdos de la Conferencia de Algeciras el Gobierno le envió a Marruecos de embajador especial. Por este tiempo (1907) aparece «Política de España en Africa», tratado imprescindible y fundamental para políticos y gobernantes y para quien desee estudiar las relaciones político-guerreras de la nación hispana con el Islam.

en un alto, al final de la Barriada de San Francisco, en el sitio denominado Zoco de Ganado, siendo la última de la ciudad por aquella parte. Tenía la ventaja del aislamiento y de excelente aire, pues si bien algo más lejos se hallaba el cementerio nuevo, en éste aún no se enterraba. Era un edificio rectangular, de dos pisos, de veinte metros por diez, con un jardín no muy grande, catorce habitaciones, y cuadras para ocho caballos. En total casa y jardín ocupaban dos mil metros cuadrados».....

«Poseía la casa tres azoteas, sumando una superficie de doscientos metros cuadrados. Disfrutábase desde allí de un bellissimo panorama y el más intenso de mis goces era extasiarme ante él, olvidando a los hombres para admirar la grandeza de Dios y su bondad al poner ante mis ojos una de sus obras maestras acá en la tierra. Veía dos continentes, Europa y Africa, y dos mares, el Mediterráneo y el Atlántico, con el Estrecho que a ambos une. Veía las sierras españolas y africanas, formando panorámicamente un solo sistema orográfico, y estas últimas cubiertas, en parte, de blanca nieve en aquellos meses invernales».

La biblioteca fué montada al estilo mu-

sulmán copiando las bellezas de la Alhambra como recuerdo venerable y ofrenda a la España mahometana.

No tardó el Sr. de Reparaz en darse cuenta del estado de Marruecos y en posesionarse de todos aquellos factores que habían de representar esencial papel en el desarrollo de su empresa. Basábase ésta en crear por toda nuestra zona de influencia una tupida red de intereses y de aptitudes hispanas y en la tolerancia absoluta y respeto a las creencias de la raza islámica. El plan estaba ya madurado desde largos años por haber consumido gran parte de su vida en el estudio de estas cuestiones. La Historia y la Geografía le habían dado el secreto. El programa de colonización que ondeaba en Sidi-Omar era el único viable, el que reportaría inmensos rendimientos sin costar sacrificio alguno. Y así lo veía el elemento marroquí puesto que a las puertas de esta casa, acudían tribus enteras en testimonio de simpatía y de cariño y en busca de protección.

A su servicio figuraban moros influyentes y familias que le seguían con fidelidad entrañable. Cada vez que recorría las cuencas del Monghreb y contemplaba ensimismado la feracidad del suelo, aquellas anchas

Sería altamente instructivo y curioso por demás, poder estampar en este momento los detalles y donosos episodios vividos en Marruecos y poner de relieve lo que trabajó—baldíamente—por corroborar el prestigio español ante el elemento indígena y los europeos que invadían la población tangerina. De propósito queda saltado pero no sin que remitamos al lector a sus libros «Aventuras de un geógrafo errante», donde hallará un copioso y bello exponente de hechos e ideas que dan la clave de muchas de nuestras desgracias.

Su empresa se desmoronó por causas que no se pueden tratar. De Marruecos se fué a París y desde París partió al Brasil. De regreso a España, después de catorce años de ausencia, fijó su residencia en Barcelona. A la Ciudad Condal siempre la tuvo especial afecto bien sea porque colaboró en sus periódicos desde que comenzó la carrera de escritor, o por lo que tiene de severa y procreadora de trabajo.

Los sucesos de Annual, le dieron ocasión para publicar en «El Sol» los folletones «Las mil y una desdichas de España en Africa», siguiendo a éstos, otros de materia científica hasta llegar a la serie tan interesan-



CASA SIDI OMAR (TANGER).—Un rincón de la Biblioteca de D. Gonzalo de Reparaz

vegas y oasis, encanto de la naturaleza, bañadas y adormecidos por el curso rumoroso de grandes ríos, se afirmaba más en su interior el vasto trazado de colonización que soñara, condensado en la sencilla fórmula de la penetración pacífica.

te y tan leída sobre «El misterio del Guad-Guarga.

* * *
Someraamente quedan fijados varios de los rasgos que forman su biografía. Como final, diremos algo más, no mucho, respecto

a la fuerza interna que desplaza frente a las ideas y sobre la madurez de su talento.

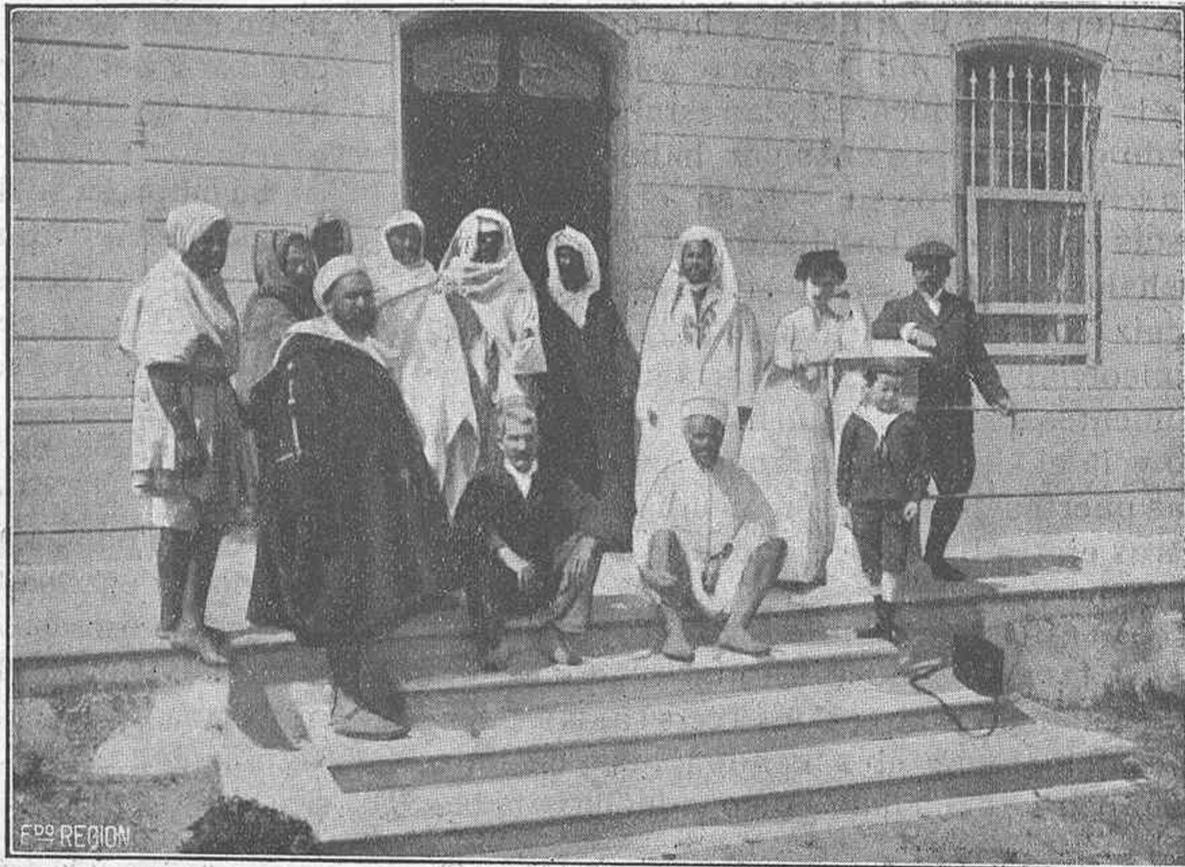
La circunstancia de vivir tan largo tiempo alejado de España, borró el brillo de su nombre. Para las nuevas generaciones es como si surgiese del vacío, sin otro aval que su propia firma poseyendo un tan alto blason dentro del periodismo y siendo como es, el más genuino y documentado representante del hispano-africanismo. Mas no tardará gran cosa en reconquistar la opinión, porque los hombres de su talla captan desde el primer instante el favor de los lectores.

Don Gonzalo de Reparaz fué arrollado por la baja intriga y feo espíritu de la política. Es un hombre que cayó por no bastardear su empresa e ideal de toda la vida y que ha sufrido al ver su obra despeñada en una sima horrenda de la que no bastarán a sacarla el transcurso de varios siglos. Cayó por empeñarse en ser un reformador. Hubiérase adaptado a ser un político al uso, de esos que no se meten en *dibujos* y dejan, «guiñando el ojo, el agua correr», y a estas horas «otro gallo le cantara». Para vivir no precisaría escribir artículos agarrándose a su primera profesión con el mismo ahinco que cuando pisó Madrid en el período juvenil.

En lucha con los de arriba por su maldad encubierta e incapacidad traslucida para regir, y no transigiendo con la estulticia que corroe y empaña el alma de los de abajo, se halla como el grano en la muela, mordido y apresado por el engranaje de las fuerzas que componen la sociedad española.

Geógrafo, historiador, publicista, gran patricio y luchador esforzado; he aquí unos puntos que dibujan un buen perfil interior aguileño al que sólo falta haber sido general para equipararse a los hombres inmortalizados en las «Vidas paralelas». Su ta-

lento cada día se muestra más rejuvenecido (a pesar de montar los 65 años) construyendo una ideología moderna y robusta. No suele ser este el tipo de hombre que pare y devora prematuramente el ambiente intelectualista. Se diría que como los de la antigüedad, fortalece sus creencias en el destierro, y que la soledad renueva su nu-



D. Gonzalo de Reparaz, acompañado de su familia, y de varios significados marroquíes, auxiliares de su labor en Africa,

men y prolifica el estilo cortante y ceñido de su pluma.

Lo corriente en el intelectual es el anquilosamiento y la adaptación, el dejar hacer y vivir tranquilo. En una sociedad así mal podía el autor de «Política de España en Africa» ver levantada su obra. Pesan aún infinidad de taras sobre el español. De ahí que todo intento elevado, todo lo que tienda a construir y estructurar espiritualmente, encontrara en oposición, formando barrera, los sedimentos arcillosos y lacras del pasado. Y quien acepte la lucha, tendrá que volver al punto de partida maltrecho y burlado, luciendo por todo trofeo un espléndido aislamiento y por puro gozo la sonrisa piadosa de algún duende clavada en el corazón.

Como adhesión a su labor hispano-africanista publicamos hoy su retrato con las fotografías de Sidi-Omar y le dedicamos estas líneas sinceras y calurosas.



UN MAPA ESTÉTICO

La idea ha pasado ya, sin duda, por muchas cabezas, pero no sé que haya sido formulada con precisión. El viajero que llega de Oriente, de las tierras de luz, donde han nacido las formas capitales de la arquitectura, donde se creó la escultura griega; o de las regiones mediterráneas, todo color, y patria por lo mismo de innumerables escuelas de pintura, el viajero que, después de ver todo esto, entra de pronto en un día de neblina en las calles de Budapest, se sentirá como si le hubiesen envuelto en un velo. De mañana y de tarde el espectáculo es casi igual; dos riberas montuosas cubiertas de palacios que rematan en torres de puntas góticas o de cebolla rusa y, en medio, la ancha cinta plateada del río Danubio. El gris nubla los ojos habituados al deslumbramiento del color y parece, a primera vista, que no hay allí otra seducción que dormir acariciado por los tibios vapores del ambiente. Pero a poco que se aguce la atención, advertirá el más insensible que en ese mismo opaco ambiente flota una como vibración grata y sedante, y si se queda contemplando el río, percibirá, desde luego, que no se trata de una corriente de agua, vasta pero inexpresiva; todo lo contrario, surge de allí, apresurado y melodioso, un correr cargado de músicas; músicas que ya han pasado en parte a la instrumentación, que ya se han desprendido y organizado de acuerdo con el sentido humano del sonido, pero que todavía tienen vitalidad para crear otras muchas músicas nuevas. Y si después, ya de noche, recorreremos la ciudad, fuera de los bulevares, por los barrios apartados, sentiremos que de las cancelas de los cafés, de las ventanas entreabiertas, casi de todas las casas sale ruido de músicas. Y se piensa en seguida que toda el ansia de misticismo artístico, que en las tierras del sol estalla en la fiesta diaria de los colores y los paisajes, allá bulle también, pero se expresa de otra manera; no dispone del color y estalla en sonidos. En otros términos, nos damos cuenta de que hemos dejado la región de la pintura para entrar en el reino de la música. Y esto a su vez, en seguida, nos sugiere la creencia de que así como el geógrafo anota en sus mapas el clima y la fauna, los productos y la flora de cada región, debe haber también para el espíritu toda una serie de zonas y espacios que no hemos explorado debidamente y que conviene comenzar a catalogar. El mapa del mundo físico está casi terminado, gracias a los progresos de la geodesia, y aunque sólo sea por el motivo de que puede afirmarse que ya conocemos el aspecto material del planeta, resulta ahora, no sólo curioso, resulta indispensable que iniciemos la topografía, la geografía del mundo del pensamiento.

Pues así como no es igual y uniforme la tierra, menos todavía es homogéneo e idéntico el espacio en que se desarrolla la vida del alma. Y sin meternos por ahora a comprobar esta afirmación con reflexiones, hagamos lo que el geógrafo, hagamos, en pequeña escala, lo que hacen todos los descubridores para defenderse de los que niegan su descubrimiento: señalemos las tierras; esboceemos un cuadro de lo que podría llegar a titularse el mapa estético de Europa. Tomaremos Europa como punto de partida, a pesar de que es muy complejo el caso de Europa, porque en cambio, es Europa un continente ya acabado de constituir, desde el punto de vista del espíritu, en tanto que hay regiones, como la selva amazónica, pongo por caso, en las cuales el espíritu aún no se ensaya, aún no da frutos. Comencemos pues, por Europa y, a grandes rasgos, tal como lo requiere la novedad del esfuerzo, digamos, por ejemplo, que la región mediterránea, desde Valencia hasta Nápoles, es una zona que podría separarse marcándola con un solo color y denominándola: pintura. Con esto queremos decir, que es aquella una zona en que el espíritu o la cultura (si se prefiere el feo nombre) ha alcanzado allá sus expresiones más logradas en la forma del arte pictórico. Producen y tendrán que seguir produciendo dichas zonas grandes pintores, como lo prueban fácilmente la escuela de pintura italiana y la escuela de pintura española.

El hecho de que exista una gran escuela de pintura holandesa y en el Sur de Alemania otra gran escuela de dibujantes y pintores, no destruye la afirmación, la confirma, porque basta analizar un poco para ver que Holanda y el Sur de Alemania son como vanos de luz en medio de las brumas atmosféricas de las regiones circunvecinas. Pero en seguida, al Sur de Nápoles, comienza una región, que es la antigua región helénica, la cual se prolonga estéticamente hasta el interior del Asia Menor con los archipiélagos y las costas de Africa, en la cual ya no sería legítimo, a pesar de que sobra allí también la luz, ya no sería legítimo, sin embargo, apellidarla región de pintura, sencillamente porque allí el espíritu ha brillado, se ha superado mediante la producción de arquitectura, que es un arte más cabal que la pintura y al mismo tiempo se ha producido allá, relativamente, poca pintura. Así, pues, ateniéndonos a los hechos, habría que emplear otra tinta para hacer correr una aguada, desde la punta de Italia hasta el Asia Menor, y aún hasta Persia y Egipto, para poner encima de todo aquel imperio estético este otro nombre ya indicado: Arquitectura. No me detendré a enumerar los estilos que de allí han salido, no es ésta tampoco

una comprobación de la tesis, sino una simple enunciación del asunto. Todo lo que vaya diciendo quedará sujeto a correcciones y enmiendas, pero es indispensable ir formulando los rasgos generales, los contornos de la tesis. Y desde luego, dentro del vasto reino arquitectónico, habría que señalar dos como provincias autónomas, dos zonas que más bien que de arquitectura son zonas de escultura; me refiero a lo egipcio y a lo griego; pues juzgo a griegos y a egipcios insuperables en escultura y, en cambio, sólo como iniciadores de géneros en arquitectura. Y aun cuando esto no fuese así, hay otra razón; la escultura griega y la escultura egipcia son dos cumbres y en cambio no hay escultura comparable ni en Persia ni en Turquía, países de valer arquitectónico indiscutible. Así, pues, Grecia y Egipto tienen competidores en arquitectura, pero no en escultura. Volviendo ahora hacia Europa, por los Balkanes, marcaría yo en blanco, como tierras en las que todavía el espíritu no se expresa, tierras en las que aún no cuaja una cultura intensa y autóctona, casi todos los Balkanes. Pero al llegar a Hungría comienza el fenómeno musical de que ya hemos hablado. Allí, por razones que de momento no entraremos a investigar, el arte no ha tomado formas pictóricas ni arquitectónicas propias, pero sí ha sido rico en la creación de melodías, en el descubrimiento y composición de la música. Esta zona musical se prolonga por los dos ríos sagrados, el Danubio y el Rhin, y caracteriza bien a las razas teutónicas y a las razas eslavas que allí habitan. En consecuencia, toda esta región habría que señalarla, en nuestro mapa, con un solo color y titularla: música.

Pero volvamos, antes de seguir adelante, al caso de Italia, que es un caso singular y difícil, porque Italia es como una confluencia de todas las maneras del arte. Sobre Italia habría que juntar todos los nombres: arquitectura, pintura, música; no creo que deba añadir escultura; pero de todas maneras se lograría casi exactitud poniendo simplemente sobre el lugar que le toca en el mapa la palabra: Arte. Sin embargo, anotemos una observación que se aplica también a España, que también es tierra de arte y de sol. La observación, muy importante, es ésta: la diferencia del fenómeno musical en los países de sol y claridad y en los países brumosos. En Italia, en España, la melodía nace de la vibración del estallido luminoso del paisaje, de allí irrumpe, se lanza más allá, cual superación de la armonía colorida; por eso la música

de estos pueblos es siempre melódica. Sus ritmos se recogen en lo más alto de la esfera emotiva. La música del Norte, en cambio, es un acento de lo profundo, de lo que no se ve; una voz, una manera del misterio; no estalla en melodías, porque no es una terminación, una cúspide emotiva, sino una investigación, un baño gnóstico, una revelación de maneras que no advierte la pupila. Probablemente se llega a lo mismo por los dos caminos, el de la luz y el de la sombra; pero de todas maneras creo que es justo marcar la zona ya indicada, por la peculiaridad de su música, con el nombre de este arte, el más cercano al misterio.

Difícil también catalogar a Francia, pero habría que hacerla por secciones; una, alrededor de la Isla de Francia, se podría titular, por ejemplo: arte gótico; la región provenzal, con Cataluña y la Saboya italiana, la señalaría con el nombre de: cantos de gesta o poesía popular. Brincando por encima de Francia para llegar a Inglaterra, pondría sobre las islas el título: poesía lírica, arte en el cual sólo los griegos los han superado. A España se le puede dividir, a mi juicio, en tres regiones bien definidas: la de Galicia y Portugal, con Asturias y el extremo Norte de Castilla, se debería titular: Arquitectura. La región media, que comprende las dos Castillas y Extremadura, se deberá nombrar pintura; y la región andaluza, sobre todo por Granada, juntándola con parte de Cataluña, me parece una región destinada a la música. Con Sevilla haría yo un oasis, para estudiar allí el oscuro problema de la estética del olfato. Volviendo por el Occidente de Europa, a Polonia la comprendería en la región musical; pero al llegar a Rusia habría que marcar la región de San Petersburgo a Moscou con el nombre de Literatura, pues por allí aparecieron los Dostoyewsky, los Tolstoy y los Gorky; por otros sitios, cuya situación exacta ignoro, habría que buscar espacio para el arte del baile; así como también, pondría yo la palabra baile en la región de Andalucía.

He aquí un intento de mapa; quizás valga la pena complementarlo con más precisión y publicarlo. Acaso llegará un día en que los ojos humanos, ya muy avanzados en la geografía del espíritu, se divertirán con los contornos imprecisos y vacilantes de este esbozo, tal como ahora gozamos con las estampas de los mapas que los antiguos forjaban para imaginarse, de alguna manera, el mundo.

J. VASCONCELOS



Descuella Ernesto López Parra de la generación joven española por su talento profuso y medular y por una bien perfecta y clara ideología y sensibilidad frente al medio.

Por regla general, los jóvenes de hoy son frívolos aptos para el deporte, para la juerga y la bestialidad. Los que no son clasificables así, suelen definirse por un estoicismo singular ante la vida, materializado en parte, y consagrado en total al purismo de la poesía, al preciosismo literario y al delineamiento de los estilos del arte, sólo por el placer del ejercicio, sin que en la tarea se entronque finalidad ejemplar, impulso transcendente, manumisión de ética social.

Esta última función onerosa y amarga queda reservada para un exiguo número de gentes, para ciertas almas caldeadas por las ideas y por los temas de esencia nacional. De cada generación salen muy pocos jóvenes que pongan su generoso impulso y vitalidad creadora al servicio y desarrollo de la gran obra de redención social emprendida.

Desapareció el romanticismo de las cabezas jóvenes y con él «la facultad de indignarse ante la injusticia» que tanto vibraba en el corazón del gran



Costa. La última ráfaga se extinguió en el segundo decenio del siglo. Nuestros jóvenes salen hoy de las aulas universitarias sin vida interior, atentos solamente a la explotación espléndida del título y deseosos de gozar las delicias del sedentarismo.

López Parra, no es de esta especie de hombres futuros, sino de los que se perfilan en el amor a las muchedumbres y en el romanticismo y genio español antepasado, siendo un caso raro, bello y ejemplar, en la generación del día.

Su talento y alma desgranarse asiduamente en las páginas de «El Liberal» y «El Herald» y en las revistas ilustradas. Su firma es garantía de documentación y sapiencia, citándose con respeto entre los maestros del periodismo y de la crónica.

En el crisol de su inteligencia se funden todos los temas del espíritu: la crónica de viaje, el asunto de economía política, el internacionalismo ideológico, la crítica de arte, el soneto y la estrofa melódica, y la más delicada y fina percepción literaria.

Por todas estas altas dotes y graciosos perfiles, nosotros tenemos depositada en él una prematura y radiante esperanza.

EL SENTIDO HUMANO DEL MISTICISMO

RUTAS TERESIANAS

LA EMOCIÓN DEL RETORNO

Están latiendo las campanitas de la torre de la Encarnación. Desde las tres y media adviértese en el interior del Convento un ajetreo inusitado. En la iglesia unos frailecicos van adornando los altares con lámparas votivas, con preseas y flores que ayer trajeron las monjitas de San José y las que han venido desde Medina del Campo para agasajar a Teresa.

A las seis llegará Teresa. Viene de Alba de Tormes a descansar unos meses, a orar en la capilla, a ordenar sus recuerdos y sus inquietudes para «El Libro de las fundaciones», que está escribiendo.

Días antes de salir de Alba, se lo avisó en una carta a su confesor, el padre Rivera. En ella pide que la preparen bien «el nido silencioso» donde escribir y recordar, pues

viene «ahita de caminos y saciada un poco su sed de andariega».

Con Teresa anduvo estos días Juan de la Cruz, cuyos versos fueron como «manantiales en mitad del yermo».

Suenan los cimbalillos insistentes de la torre. Va amaneciendo. En el cielo claro de junio hay un temblor de nubes claras y rosadas. Por las callejas pasan los primeros arrieros, camino del mercado. Las campanas de la Catedral cantan las cinco.....

Ya no falta más que una hora para que Teresa entre en Avila. Cuando pise los umbrales del convento el sol estará dorando los arriates del huerto y se filtrará por las ventanas entreabiertas de los Claustros. Se ha dispuesto todo para recibirla. Brillan los cristales y reluce en el Refectorio la vajilla, sobre el mantel, que han bordado la monjas

josefinas; le han preparado un lecho mullido para el reposo presidido por un Jesús sonriente y bello, tal como Teresa le presintió y le amó.

Llega a las cinco y media Fray Jerónimo Gracián que, a los pocos días, ha de ser expulsado de la orden, por reformar sus estatutos. Con Gracián vienen el padre Yepes, Rivera y otros religiosos.

Mientras suena la hora de recibir a Teresa cuéntanse donairosas historietas de su vida.

Nárralas un frailecico dicharachero y galán que ha poco entró en la orden. Gracián, que acompañó a Teresa por tierras de Pastrana, refiere también cómo fundaron allí un monasterio de Carmelitas, que luego hubo de trasladarse a Segovia por diferencias con la princesa de Éboli. Todos dicen de la inquietud espiritual que acosa y fustiga la juventud de la religiosa. Todos exaltan su misticismo y comentan benévolos su intrépida jornada. Solamente dos frailes guardan un silencio meditativo y huraño. Uno es el confesor de la propia Teresa, que acaba de repasar el último libro que ella le dejó pidiéndole consejo y censura. Titúlase «Pensamientos sobre el amor de Dios» y es un deliquio más del espíritu inefable de la mujer con el Amado; un bello y fervoroso canto a Jesús. Pero al padre Rivera le parece que la escritora ha puesto en sus páginas demasiado fuego de humanidad, excesivo poder imaginativo y un poco de pasión juvenil y piensa pedir a Teresa que no publique el libro. (Poco después, la mano de la insigne mujer, por mandato de Rivera, quemará en su propia celda el bello poema de amor divino). Hermético, escucha también las alabanzas de la Comunidad el padre Yepes, que, con Fray Roque Faci, ha de ser años más tarde su mejor biógrafo.

El frailecico dicharachero y galán cuenta ahora cómo Teresa de Cepeda gustaba a los catorce años de lucir galas para su cuerpo proporcionado y hermoso y de que sus cabellos fueran bien peinados y saturados de los mejores unguentos y perfumes por sus manos graciosas y pulidas. Y, en seguida, va haciendo con sutiles palabras la historia breve y donosa del amable misticismo de Teresa. Cómo él mismo, gran amigo de los padres de la escritora—Alonso Sánchez de Cepeda y Beatriz Ahumada—, fué advirtiéndole en su espíritu mutación sencilla y admirable y después de qué fecunda manera fué retoñando su idealismo religioso en un férvido anhelo de fundadora.

«Audaz, audaz...» El dulce manjar de los éxtasis vuélvese dinamismo y acción. A los veinte años Teresa toma el hábito en este mismo Convento; pero su pasión no se detiene aquí; su amor divino la lleva más lejos...

De nada sirve que el nuncio pontificio, Monseñor Segá, califique de «demasiado femenina, inquieta y andariega», a Teresa y la confine a Toledo.

Teresa seguirá por los caminos, bajo el trémulo lucir de las estrellas, su plática inefable con el «dulce Jesús»... Pasados años, Bossuet y Leibnitz nos dirán que esta plática era «un canto universal de amor»...

* * *

Ya el sol pinta de rosa los tejadillos del Convento y oýese en las calles alborozo de fiesta. La Comunidad se dispersa en varias direcciones. Todas las campanas de Avila laten jovialmente. En la plazuela de la Encarnación hay un rumor confuso que va creciendo, poco a poco...

Teresa, con una plácida sonrisa de iluminada, penetra en el Convento. Viene más trasparente de rostro y trae el cuerpo fatigado de la lenta y azarosa jornada del camino. Su primera mirada es para el padre Gracián; sus primeras palabras son para el huertecico, pequeño y humilde, que le espera, allá abajo...

EL HUERTO DE SANTA TERESA

Al atardecido, Teresa, deja sus oraciones, sus encajes o su pluma y baja al huerto. El huerto es muy pequeño y las tapias son muy bajas. Por ellas suben las enredaderas de campanillas azules. La tierra del huerto está recamada de violetas, de margaritas, de pensamientos... En un ángulo hay tendida una piedra larga y ancha, donde se sientan las monjas cuando bajan al jardinillo. Teresa pónese en medio; rodéanla, curiosas y sonrientes, las demás hermanas. Teresa platica con ellas. Cuenta los trabajos que le costó fundar los ocho conventos que lleva formados, especialmente el de Malagón, a pesar de las excitaciones que le hizo Doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli.

Ha dejado Teresa su huella de fundadora en Medina del Campo, en Valladolid, en Toledo, en Pastrana, en Salamanca, en Alba de Tormes...

Desde Alba vino a Avila a descansar unos días en el Convento de la Encarnación. Pero marchará pronto a Segovia y al pueblecillo de Veas, llamada por dos señoras piadosas de Castilla: Doña Ana de Gimena y Doña Catalina Godínez.

No descansa apenas Teresa. Llévela de un lado a otro su misticismo dinámico y su espiritualidad inquieta. Aún ha de fundar muchos asciterios antes de reposar del todo. Pero ahora, estos días, quiere aspirar con fruición el aroma del huerto, quiere rezar y

escribir en su celda, quiere charlar donosamente con las hermanitas y prepararse para emprender su ruta por los caminos.

Ya las mejillas de Teresa perdieron la tersura, la juventud; sólo en su rostro mantiéñense vivos los ojos, «negros y redondos», y los labios, «delgado y derecho el de arriba y el de abajo grueso y un poco caído», que describió Rivera. Está, sin embargo, graciosa y todavía opulenta. Los sinsabores y las angustias de su peregrinar no mustiaron aún la hermosura de su cuerpo ni sus deliquios con Jesús fueron menos líricos y apasionados.

Teresa relee estas tardes, al crepúsculo, sus notas que no podrá publicar nunca. Y deléitase recitando a Sor Paulina — una monjita vivaracha y menuda—sus interpretaciones de aquellas palabras del *Cantar de los cantares*, que dice: *Sostenedme con flores y acompañadme con manzanos porque desfallezco de mal de amores*. Teresa exclama: «¡Oh!; que lenguaje tan divino éste, para mi propósito. ¿Cómo esposa santa mátaos la suavidad? Porque según he sabido, algunas veces es tan excesiva que deshace el alma de manera que no parece ya que la hay para vivir; ¿y pedís flores? ¿Qué flores son estas? Porque este no es el remedio, salvo si no lo pedís para acabar ya de morir, que a la verdad no se desea cosa más cuando el alma llega aquí. Mas no viene bien que dice: *sostenedme con flores* y por el sostener no me parece que es pedir la muerte, sino querer con la vida servir en algo a quien tanto ve que le debe».

A medida que lee Teresa va trasfigurándose su figura con el fuego interior que le

presta su fé. Cuando llega al elogio de la Samaritana, ella también parece ir a caer rendida de éxtasis, «suelta el alma del gran deleite y suavidad que Nuestro Señor le daba a gustar...»

La monjita carirrisueña y menuda escucha apaciblemente. Cuando termina su lectura Teresa piensa que es preferible quemar aquellas notas; que el padre Rivera tiene razón.

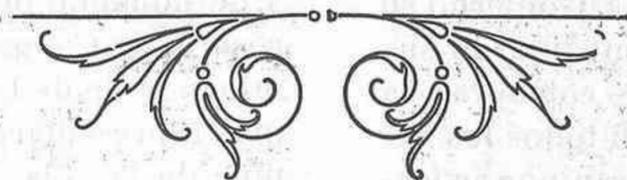
Hay uno de esos instantes en que los espíritus más firmes tiemblan de dolor. Tal vez—medita Teresa—Gracián pusiera a estas páginas un comentario benévolo. Sería conveniente, antes de entregarlas al fuego, dárselas a él... Pero, ¿por qué la figura de Gracián aparécesela circundada de un halo bondadoso y comprensivo?—«¡Oh!, padre;—le dijo un día—tu frente, como la de Jesús, desprende luces de estrella, y hay en tus sienes espinas de martirio...»

Siguen leyendo y departiendo en silencio las dos monjitas, hasta que el huerto va quedando en dulce oscuridad.. Ya cuando la noche es entrada, hay entre los árboles un píar dulce de golondrinas. Teresa alza al cielo sus ojos—«negros, redondos»— y recita, como una oración, uno de sus versos. Por el alma de Teresa pasa un bello fantasma imposible; el fantasma de su Dios cautivo:

«Mas causa en mi tal perdón
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero».

Y un fuerte olor de rosas abiertas a la noche, un olor carnal y extenuante, embriaga, de improviso, sus sentidos...

ERNESTO LÓPEZ-PARRA.



LA CONFERENCIA DE LOCARNO

La Europa occidental no ha cambiado gran cosa después de la guerra. Muchas y bellísimas ilusiones se formaron durante la guerra (¡oh, la lucha por el derecho y la libertad, por las nacionalidades oprimidas!) que hoy se deshicieron cual la clásica pompa del jabón. Esperábamos una fraternidad de naciones, una limitación de armamentos, un derecho social en que obrero y patrono se abrazaran al fin para disfrutar armónicamente del capital, y los conflictos nacionales e internacionales (desarrollados éstos en el plano colonista) son más agudos que nunca, y el malestar mundial crece de día en día: deudas, créditos, valuta ¿qué otra cosa más importante preocupa a nuestro mundo?

Esa ilusión pacifista que surge durante las guerras cruentas no fué patrimonio nuestro. Ganivet, por ejemplo, opinaba que después de la guerra franco-alemana de 1870 no sería posible otra contienda análoga entre los pueblos civilizados, y que se impondría el desarme. Esa creencia se funda en el olvido, o ignorancia, de la estructura económica de las naciones, y por suponer que el idealismo ejerce gran influencia en la psicología de los gobernantes. Ahí está el fracaso de Wilson para probar cuán poca importancia tiene el Derecho que explican los catedráticos en los asuntos que ventila la diplomacia.

Hoy, como hace un milenio, los gobiernos no son nombrados por el *demos* aunque aparentemente gobiernan para él, y por él firman decretos y leyes. En realidad, los gobiernos representan los intereses de los grupos material o económicamente más fuertes, que al hallarse en conflicto con los intereses de los grupos idénticos de otras naciones, provocan las guerras. Esta explicación, quizá simplista, que no es personal, no ha sido seriamente refutada por nadie todavía. Cada Gobierno se forja una opinión pública a la medida de sus deseos, y esa opinión en la que colaboran la gran prensa, las academias, casi todos los intelectuales (burócratas que cobran por artículo o ensayo, y a veces por honores) y la masa innumerable de los inertes, escribe la historia oficial, tapadera de la verdadera historia: la del sacrificio de millones de hombres en beneficio de una minoría, que se arroga la representación de los sagrados intereses nacionales.

No hay tal opinión pública. Los pueblos no saben más que lo que los Gobiernos quieren. Con dictaduras o sin ellas, con libertad de

prensa o con la censura, siempre se sustrae al conocimiento de la masa lo que más le importa, aquello de lo que más íntimamente depende su bienestar y su tranquilidad. Si hay que ocultar una noticia, se oculta; si hay que lanzar una falsedad, se lanza. La prensa, el más poderoso y casi el único medio de divulgación, vive atada por ocultos cables a los poderes constituidos, y en los asuntos que salen del estrecho marco en que se mueven los partidos políticos, no tiene más remedio que someterse. Ordinariamente, hay una vigilancia amistosa sobre los diarios, y por lo que respecta a la información se ha tenido buen cuidado de que las Agencias, cuando no son oficiales, sean oficiosas de los Ministerios de Relaciones Exteriores. La verdad queda reducida a mostrarse en los libros y las pequeñas revistas privadas, que cuando publican algo verdaderamente interesante, tal como descubrir máculas del régimen imperante, son recogidos de la circulación porque las leyes de imprenta o los códigos penales jamás carecen de un artículo apropiado al caso. Así pudo Bismark forjar su famoso telegrama; y empezar la guerra europea; y luchar en Inglaterra contra el laborismo acogiendo a la carta falsificada de Zinoviev....

El tratado de Versalles fué la consolidación de la vieja e imperialista Europa. Su análisis, hecho por estadistas y políticos, algunos de los cuales intervinieron en su elaboración, no deja dudar de que en vez de proponerse la formación de la Europa «de la paz y del derecho» lo que hizo fué otorgar a los vencedores todo lo que quisieron sacar de los vencidos, así como adquirir en el mundo el papel a que las naciones vencidas aspiraban. Al llevar sus cláusulas a la práctica, hubo que ir restringiendo durezas, otorgando concesiones y perdonando deudas, para lo cual vino ese rosario de Congresos y Conferencias que culminan en la de Locarno, y cuya imagen podemos representarnos con la serpiente que se muerde la cola. ¡Toda la vieja Europa de la ante guerra resucitó en la conferencia de Locarno!

En Locarno se reunieron los Srs. Stressemann, Vandervelde, Briand, Chamberlain, Scraloja, Skrunzky, Benes y Luther. Se firmaron: un Pacto de seguridad entre Alemania y Francia; un Pacto de seguridad entre Alemania y Bélgica; un Pacto de seguridad entre Alemania y Polonia; un Pacto de seguridad entre Alemania y Checoslovaquia; un Pacto

de garantía entre Alemania y Polonia; un Pacto de garantía entre Alemania y Checoslovaquia; y un Pacto de garantía entre Inglaterra e Italia, de una parte, y Alemania, Bélgica y Francia de otra. Alemania—¡y para ésto se hizo la Gran Guerra!—no salió mal parada de la conferencia: consiguió la evacuación de Colonia; la disminución de las tropas aliadas en el Rin; un parlamento de naturales de la región del Sarre durante los años que Francia explote esta región hullera; la devolución de algunas de sus colonias (ahora parece que se piensa despojar a Portugal en beneficio de Alemania); la promesa de la iniciación del desarme europeo (¿y Siria, Marruecos, China, etc.); supresión de la comisión aliada de control militar dando por efectivo el desarme del país; permiso para usar el Rin sin obstáculos; cese de las actuales restricciones para la fabricación de aeroplanos y motores. En resumen: se sancionan todas las enormidades del actual mapa político de Europa; se reconoce que no es posible el aplastamiento económico de Alemania, ni siquiera el militar; se han escrito unos cuantos papeles mojados más; continúa el despedazamiento de nueve millones de alemanes, y se prescinde en absoluto de los ciento treinta millones de habitantes que viven bajo el régimen soviético y ocupan la sexta parte de la superficie habitada de la tierra. Y no se habla de Rusia por ser la palabra sagrada que no puede pronunciarse más que en el misterio.

Todos estos Pactos y Garantías mútuos entre las potencias europeas obedecen a dos poderosos motivos. Arreglar un tanto los problemas económicos para hacer frente a los propósitos invasores del capitalismo de los Estados Unidos y crear el frente único contra la Unión soviética que se restablece con bastante rapidez. El *deus ex machina* de la operación ha sido la Gran Bretaña.

La situación económica del mundo se caracteriza por la falta de capital variable (1). La pérdida de capital *fijo* sufrida por Europa durante la guerra fué compensada por el desplazamiento de las fortunas, gracias a la centralización violenta del período de inflación. La capacidad de los medios de producción es mayor hoy que antes de la guerra. Pero en el mundo entero, excepto los Estados Unidos, se carece de capital variable. El monopolio que los Estados Unidos ejercen sobre este capital es el fundamento de su situación preponderante en el mundo económico y político. Todos los Estados, Ciudades, Bancos y empresas industriales tienen que dirigirse a los capitalistas de los Estados Unidos para formalizar empréstitos. La diferencia entre la capacidad de producción de la industria americana y su

producción efectiva no fué menor de 15 mil millones de dólares en 1924. Los magnates de la industria pueden colocar cuanto capital quieran en el extranjero; pueden también hacer ventas con crédito a largo plazo y aceptar en pago participaciones en el capital. De este modo imposibilitan toda concurrencia en el mercado mundial. Mas para depositar capital en un país se requiere crear condiciones políticas preliminares que den seguridad al capital depositado. Antes, se hacía del país una colonia (ahora, en la época de la Sociedad de las Naciones, se dice *mandato*) y hoy se establece sobre él un *control*. El significado de la conferencia de Locarno consiste para los Estados Unidos en la seguridad del capital que se coloque en Francia y Alemania. La garantía de sus fronteras para con Inglaterra e Italia quita a Francia el pretexto de tener un gran ejército y prepara la conferencia del desarme. Los americanos no toleran que sus deudores—Alemania y Francia—dediquen a la guerra el dinero que les prestan.

La situación del Imperio británico es muy distinta. Presenta graves síntomas de decadencia. Los *dominions* van pasando a colocarse bajo la influencia económica de los Estados Unidos. El Canadá depende económicamente de esta potencia; su influencia aumenta sin cesar en Australia y el Africa del Sur. La imposibilidad de exportar capital no permite a Inglaterra concurrir con los Estados Unidos. El quinto invierno de paro forzoso llegó ya. Los pueblos subyugados—indios, egipcios, turcos, árabes y chinos—se sublevan. La situación insular de la Gran Bretaña, tan segura antes contra toda invasión, ya no existe estratégicamente. Las costas meridionales de Inglaterra están dominadas por los cañones de largo alcance de Francia; los submarinos franceses pueden paralizar la navegación británica; las flotas aéreas francesas pueden bombardear las ciudades inglesas. La agravación de la situación económica ha hecho fermentar el movimiento obrero inglés, que pasó de la época pacífica, liberal y patriótica, a la de agitaciones y fraternización con el movimiento obrero ruso. El fascismo aparece también....

La política de la burguesía inglesa perdió el equilibrio. No da un paso sin tropezar con su principal adversario: la Unión soviética. El Imperio británico se asienta sobre la dominación de los pueblos asiáticos. La política rusa tiende a favorecer el movimiento de liberación de estos pueblos. De aquí el odio mortal entre el imperialismo inglés y el bolchevismo ruso.

¿Qué significa, pues, para Inglaterra, la Conferencia de Locarno y el pacto de garantía? En parte está de acuerdo con los Estados Unidos para debilitar a la potencia más peligrosa desde el punto de vista militar, que es Francia, forzándola a limitar sus armamentos

(1) E. Varga. *La Correspondance Internationale*. Núm. 144.—20 noviembre de 1925.

por medio del pacto de garantía y de la presión de las deudas de guerra, al mismo tiempo que se fortalece a Alemania. Mas el fin principal es establecer el frente único de los Estados europeos contra la Unión soviética. La importancia política mundial de la Unión soviética (Rusia no es palabra adecuada ni política ni geográficamente) se ha acrecentado en estos últimos años hasta el punto que puede clasificársela entre las potencias de primer orden; con sus enormes riquezas naturales puede equiparársela a los Estados Unidos en cuanto a posibilidades económicas; su influencia en Asia es superior a la de cualquier otra potencia; y es el foco del bolchevismo. A pesar de las predicciones nefastas, resurge económicamente con rapidez asombrosa, lo que constituye una amenaza mortal para Inglaterra, que con el pacto de Locarno trata de formar el frente único contra las naciones soviéticas y declararles la guerra en la primera ocasión favorable.

¿Que ésto es demasiada predicción? De todos modos, siempre será cierto que en Lo-

carno se firmaron unos cuantos tratados más, derivados del recelo o la desconfianza, cuando no del odio latente, en que viven los países civilizados, sin haber borrado ni uno solo de los antagonismos que pueden provocar otra guerra. En el Oriente y el Mediterráneo sigue la lucha sorda por los «mandatos» entre Inglaterra y Francia, mientras en el Sur oriental de Europa los pueblos balkanizados se debaten o estrangulan en pos de un reposo político que esas mismas potencias no les dejan alcanzar. Y luego, la guerra sorda en pos del petróleo; la invasión del capitalismo yanqui en el Africa Occidental donde adquiere terrenos propicios al cultivo del árbol productor del caucho.....

No, no hay armonía en el Mundo y no hay por qué alegrarse de la Conferencia de Locarno. Un paréntesis más ha sido entre la última guerra y la que se prepara en las fábricas de gases venenosos, en los talleres de grandes armamentos, en los Estados Mayores de todos los países.

JOSÉ LOREDO APARICIO



EL ALMA MUSICAL RUSA

Rusia, como consecuencia de ese maravilloso dinamismo del alma eslava que jamás pone tiempo entre el planteo y la resolución de sus problemas, escribió la página quizás más gloriosa de la Historia de la música en el siglo XIX: creó de la nada una verdadera dirección musical. Dió nacimiento a una música de tan recia originalidad, de tan pintoresco atavío y de una independencia tan grande en relación con lo que hasta allí se conocía que no necesita el crítico ser un águila para advertir sus profundas huellas impresas en las mejores obras de la moderna dirección musical. Principalmente el inmenso *Musorgski* ejerció una innegable influencia sobre la técnica de los Debussy, Ravel, Respighi, Malipiero, Casella, Bela Bartock, Goossens, etc., etc.

Mientras en el resto de Europa iban escalonándose en los siglos los grandes compositores, en Rusia hasta principios del siglo XIX no se conocía más música—al decir de un admirable escritor—que «el canto popular y el canto religioso de origen bizantino».

Los estudiosos no encontraban en toda la vida misteriosa de la gran nación ninguna tradición musical erudita. Aun en lo referente a la muy extendida y popularizada lírica teatral, sábese que los mismos coliseos de la Corte imperial se nutrían—hasta la verdaderamente milagrosa aparición de *Glinka*—de óperas italianas dirigidas, cantadas y ejecutadas por artistas italianos, o de los harto balbucientes ensayos operísticos—de argumentos costumbristas rusos pero de técnica completamente italianizada—de algunos compositores moscovitas, de los cuales han llegado hasta nosotros los nombres de *Volkof*, *Fomin*, *Bortnianski*, *Beresowski* etc., etc. Estos dos últimos, no obstante, escribieron preferentemente música religiosa.

Hay que advertir que por tal época, y aparte de las direcciones genuinamente nacionales, se produjera también en todo el resto de Europa una verdadera invasión de *italianismo*, impuesto por la moda de unos *dilettanti* «más aficionados a la armonía del cuerpo de baile que a la otra armonía» como lanzó a la cara de los que le silbaban el bilioso humorismo de Ricardo Wagner, y patrocinada por la supuesta superioridad intelectual de una clase llamada, no se sabe por que, aristocrática.

* * *

Pues bien; en este deleznable y pobrísimo ambiente, no muy propicio, por lo que se ve, a la creación de nuevos y altos valores musicales, nace, el 2 de Junio de 1804, *Miguel Ivanovitch Glinka* que había de ser, un poco más tarde, el inolvidable creador de la *música nacional rusa*. Y

este compositor, que iría a buscar sus motivos a la virgen cantera del pueblo para elevarlos hasta la misma Corte imperial, era noble. Esta cualidad sirve para poner más de manifiesto su audacia porque no se puede precisar, en estos tiempos, lo que suponía, en aquéllos, una posible compenetración de la clase elevada con la clase baja; y, sobre todo, en Rusia.

De trece años ingresó, *Glinka*, en el *Instituto para la nobleza* de Petrogrado, donde estudió, con relativa facilidad, ciencias, letras e idiomas. Cinco años después comenzó una seria preparación musical, aprendiendo el violín con *Böhm* y el piano y la composición con el genial *Field* y con *Karl Mayer* indistintamente. Estos tres maestros enseñaban particularmente sus artes en la capital del imperio, porque hasta 1862 no se fundó la llamada *Sociedad imperial rusa de música*. *Field* era inglés, *Böhm* y *Karl Mayer* eran alemanes: de aquí se deduce lo precario del arte musical verdaderamente ruso, en aquellas épocas.

El joven *Glinka* se nutrió, al principio, con el endeble alimento artístico que se le ofrecía por doquier. Y así, su primer obra, impresa en 1825, se titulaba: «Variaciones sobre un tema italiano». Se reducía, como es natural, a una menguada síntesis de la inspiración que recibiera escuchando a Bellini y a Donizetti, en el teatro imperial de San Petersburgo. Su medianeja composición participaba de las dos *fiebres* de la época: el *italianismo* y la monomanía, arbitraria y bien poco estética, por las *variaciones a temas* exóticos, que llegaba a tomar aspecto hasta de malabarismo.

A los 23 años se apuntó en *Glinka* la cruel enfermedad de las almas románticas; la que hubo de hacer hermanos en la muerte precoz a muchos músicos y a muchos poetas: la terrible tuberculosis pulmonar. Necesitó, por ello, buscar climas benignos. Fué, primero, al Cáucaso, pero no halló alivio; marchó, después, a Italia y en el divino país meridional permaneció cuatro años curándose y aprendiendo, al propio tiempo la técnica—que muy poco después había de abandonar—de los maestros italianos.

Porque él llevaba en su interior el luminoso germen profundamente fecundante de los nuevos ideales rusos.

Ya en aquellos tiempos—al par que en otras avisadas naciones de la vieja Europa—comenzaba, al brillo cegador de las inteligencias preclaras y libres, a desenvolverse en Rusia toda la suma de impacencias renovadoras que se agruparon con ansias de regeneración, bajo la acobijadora bandera de la *Joven Rusia*.

Se desconoce si *Glinka* ingresó francamente en la vasta asociación. El gran músico era noble y sabía el lejano fin político que encerraba tal sociedad. Lo que sí se sabe de cierto es que simpatizó con dicho movimiento de ideas hasta el punto de haber adquirido estrecha amistad con los escritores más célebres de tal grupo: el novelista *Gogol*, el gran poeta lírico, *Puchkin*, el, también excelso poeta, *Jukouski*...

Y seguramente debió a estos grandes hombres el impulso inicial que le llevó a estudiar los cantos del pueblo y los anhelos de los oprimidos, haciendo a su modo, una obra revolucionaria pues—aunque amparándose del arte—elevó las miserias de los humildes hasta los ojos atónitos y sorprendidos de los poderosos. El propio *Jukouski* fué el que le impulsó a escribir una ópera acerca del legendario sacrificio del *mugik Juan Susanin* con objeto de librar de la muerte al joven *Zar*.

Aunque, tanto en esperanzas como en deseos, podía, nuestro admirado músico, ponerse desde luego a pergeñar esta obra, no encontrándose con suficientes conocimientos artísticos, fuése a Berlín en busca del eminente erudito, crítico y musicógrafo *Dehn*, el cual le perfeccionó en la técnica y le alentó siempre en el propósito de escribir música de enjundia puramente rusa.

Resultado de estos propósitos, de estas andanzas y de los consiguientes trabajos fué el estreno en Petrogrado el día 9 de Diciembre de 1836, de su ópera titulada «La vida por el Zar.»

No solo el pueblo, a quien iba dirigida principalmente, sino toda la nobleza petersburguesa acogió la representación con un entusiasmo indescriptible; como si abrigase el presentimiento de que aquella, aun insegura, obra lírica todavía fuertemente influenciada por la malhadada y voraz dirección italiana llevaba en sí el pólen maravilloso que debería fecundar la flor de los cerebros músicos de la *Joven Rusia* y sería el punto de partida de una dirección originalísima, muy adelantada a su tiempo y sin paridad, por lo tanto, en el desenvolvimiento musical del mundo.

A «La vida por el Zar» siguió la adaptación operística del magnífico poema de *Puchkin* que se titula «Ruslan y Ludmila», estrenado el 9 de Diciembre de 1842, seis años después que el anterior. Esta obra fué recibida con mucho menos entusiasmo, principalmente por la aristocracia que, dándose, por fin, cuenta de los verdaderos intentos de *Glinka*, acabó por decir que el gran músico trataba de *imponerles al pueblo bárbaro a fuerza de música de cocheros*—como exclamaban al escucharla repetida por las calles—. No obstante, la crítica, con rara unanimidad, consideróla como una consoladora afirmación, mucho más segura y firme que «La vida por el Zar» puesto que en

«Ruslan y Ludmila» desaparecía toda suerte de italianismo y—al decir de un eminente crítico—: «se encuentran en ella bellezas cuya audacia característica es, en verdad, fulminante y que no han sobrepujado los modernos».

En este momento de su vida tiene el magnífico maestro ruso un interés especialísimo para nosotros. Pensando en buscar alivio inmediato a sus reproducidos y ya añejos padecimientos decidió ponerse inmediatamente en viaje de curación y estudio a España. Y, así como lo decidió, lo llevó a la práctica. Una vez aquí, subyugado muy legítimamente por la riqueza imponderable y el variadísimo colorido de nuestra música folk-lórica, en la que creía hallar un flagrante parecido con la de su país, dedicóse a la recolección aguda e infatigable de cantos populares españoles.

Fruto de su estancia entre nosotros son dos de sus mejores obras de orquesta que unió en el título general de «Fantasías pintorescas» y que llamó particularmente: «Jota aragonesa» y «Recuerdo de una noche de verano en Madrid».

Hay muchos motivos para afirmar también que de su estancia en Valladolid y acaso de alguna excursión a Asturias, sean las melodías asturianas que, juntamente con las andaluzas, recogidas principalmente en Granada, llevó a Rusia y entregó a *Balakiref* y a *Rimski-Korsakof* para que compusieran sus admirables y conocidas «Overtura española» y «Capricho español» respectivamente.

Pasó todavía varios años de viajes por diversos países de Europa, y principalmente por Francia, hasta que tuvo que retornar a su patria por motivo de la guerra anglo-franco-rusa. Y allí, en la dulce y amigable intimidad de un precioso hotel de *Tsarköe-Selo*, en compañía de su hermana, dedicóse a reunir alrededor de sí el mayor número de adeptos a sus nacientes, pero ya bien definidos, ideales estéticos. De aquí data su profunda amistad y, sobre todo, su decisiva influencia sobre el eminente *Balakiref*, que debía ser, muy pocos años más tarde, el glorioso promotor del invencible *Grupo de los Cinco*.

A pesar de sentirse ya muy decaído y muy enfermo en esta última etapa de su vida: «buscaba—escribe *Riemann*—la llave de la armonización natural de las melodías nacionales rusas; armonización que encontrara por simple intuición»... Y aún tuvo energías suficientes para trasladarse, por vez postrera, a Berlín con objeto de someter la suma de estas preocupaciones a su antiguo profesor y siempre excelente amigo *Dehn*.

Una cruda noche de febrero, esas noches escarchadas de Berlín donde el aliento se hiela; sin tener para nada en cuenta la cruel enfermedad que, desde su juventud, le minaba, salió de su casa y asistió a un magnífico concierto que en la corte de

la capital prusiana daba *Meyerbeer* en su honor...
¡Tres días más tarde *Glinka* morial

Quizás el más notable de todos sus críticos, *Laroche*, dijo que *Glinka* fué el *Berlioz* ruso, esto es, el hombre que se esforzó en crear algo nuevo, persiguiendo un fin, a un mismo tiempo, elevado y preciso. Pero es más, a los ojos de sus compatriotas—sigue hablando *Laroche*—porque aparece como el fundador de una escuela de música realmente nacional y cuya grandísima independencia se afirma mucho más de día en día...

El comprensivo y exquisito poeta y erudito musical francés *Camilo Mauclair* exclama: «No sólo hizo el primer ademán y la primera obra, sino que creó el marco estético de la raza, y ésta, en 1900, se presentaba todavía en ese mismo marco habiendo cambiado solo los adornos».

La obra que dejó escrita *Glinka* es numerosísima y de la mayor variedad que se puede imaginar: dos óperas—las ya citadas—, dos fantasías españolas—también indicadas más atrás—una fantasía oriental de nombre «*Kamarinskaia*», una «*Fantasia Vals*», un cuarteto para instrumentos de arco, un minueto, un sexteto y un trío de *música di camera* y una cantidad enorme de piezas para piano, para coros y orquesta y, finalmente, algunas composiciones de música religiosa.

Su *modernidad* y sus *audacias* deben gustarse retrotrayéndose el auditorio al año 1847 y siguientes que fué cuando se escribieron.

Glinka, director y compositor de orquesta, se nos figura, aparte de su carácter de creador de la música rusa, como uno de los vértices del gran triángulo que entonces encerraba a la Europa musical. Y fueron los otros dos el magnífico *Berlioz* y el inolvidable *Liszt*.

Antes de comenzar el estudio del *Grupo de los cinco*—que ha de constituir el objeto principal de este ensayo—me interesa escribir las pocas palabras que sean necesarias acerca de otro excelente compositor moscovita que también influyó en grado máximo sobre la música nacional de su tiempo y, como es lógico, dejó, así mismo, su huella impresa sobre la magnífica modalidad del mencionado *grupo*.

Quiero aludir a *Alejandro Sergiovicht Dargomiski*, nacido en la provincia de Taula el 14 de Febrero de 1813 y muerto en Petrogrado el 17 de Enero de 1869. Fué maestro del inmortal *Musorqski* y uno de los más apreciados por él. Empezó escribiendo una ópera en la que seguía, lo más fielmente posible, la escuela francesa de *Auber*, con algunas picardías rossinianas; se intitulaba «*Esmeralda*» y fué estrenada en Moscú en 1851. Pero, después que frecuentó la tertulia de *Glinka*,

se convirtió en apóstol de la música genuinamente rusa. Su ópera «*La Rusalka*», arreglo del poema «*La Ninfa*» de *Puchkin*, es una prueba convincente de ello. Más tarde, y un poco cegado por el wagnerismo, separóse de su antigua tendencia—aunque el procedimiento del genio recitativo alemán ya se esbozaba en «*La Rusalka*»—y se fué aún más allá con su gran obra «*El Convidado de Piedra*» tomada por *Puchkin* de nuestro teatro clásico—orquestada por *Rimski-Korsakof* y adicionada cuando se estrenó en 1872 con un epílogo de *César Cui*—. En esta estupenda ópera se aleja voluntariamente de toda clase de *arias*, *dúos*, *tercetos*, *concertantes* etc., esto es, de la estructura tradicional de la música operística y deja en plena libertad a su inspiración para que subraye cada frase del texto, independientemente unas de otras; con lo que la obra se transforma en un inmenso recitado. Y tanto es así, que siguió fielmente el poema de *Puchkin* sin permitir que se le hiciese una adaptación teatral de dicha composición. Esta teoría fué después desarrollada y, hasta ampliada, por su discípulo *Modesto Musorqski* en su estupendo «*Boris Godunof*».

La obra de *Dargomiski* no es muy numerosa porque, poco después que en 1867 se le nombró Presidente de la *Sociedad de música rusa* en Petrogrado, cayó enfermo y se pasó cerca de dos años en la cama, siendo entonces su casa el lugar de reunión de los partidarios de la nueva escuela musical rusa. Dejó, no obstante, tres óperas; «*Esmeralda*», «*La Rusalka*» y «*El Convidado de Piedra*» y algunas escenas de «*Rogdana*»; algunas fantasías para orquesta de gran sabor nacional como: «*Fantasia finlandesa*», sobre todo: «*Baba-Jaga o Del Volga a Riga*»; le debemos también, de piano, la original «*Tarantela eslava*» escrita para ¡tres manos!, una de las cuales se reduce solamente a repetir con insistencia la nota *do* en el piano, mientras que las dos manos restantes del *verdadero* pianista construyen, al rededor de aquella *nota pedal*, las más interesantes cadencias, armonías y filigranas. También nos legó muchas canciones y el *ballet*: «*Una fiesta de Baco*»

Y ya ha llegado el momento de que nos ocupemos del admirable *Grupo de los Cinco*.

La noble semilla que *Glinka* se había cuidado de plantar en los recios cerebros de la Joven Rusia, no tardó en producir fruto ampliamente y su floración espléndida y multicolora, condensada con preferencia en cinco maravillosos girasoles, sirvió para que la civilización elevara el búcaro de Rusia a la admiración de todo el mundo.

En torno de la nueva música—donde vibraba, con sonos jamás oídos hasta entonces, el rebato de

la recia campana de la joven raza; donde se adormecían soñadoramente las vírgenes y milagrosas melodías de la estepa ancestral, y donde también se lloraba, con lágrimas de fuego, la injusta opresión del *Amo* y las llagas abrasadoras del esclavizante *Knut* sobre la piel curtida del pobre y oprimido *mugikt* — en torno de esta nueva y simbólica música, agrupáronse, constituyendo una fuerte liga ofensiva y defensiva, los cinco hombres batalladores y generosos que no sólo miraban al engrandecimiento espiritual en el interior de su patria, sino que ansiaban extender por fuera de ella algo más que la negra historia escrita con odio en las blancas llanuras nevadas de la Siberia y reflejada en las innumerables charcas de sangre inocente donde solía contemplar su estúpida faz, de inyectadas y odiosas pupilas, el tirano.

Eran cinco hombres excepcionales; cinco claros espíritus libres que — según expresión de Adolfo Salazar — «Desprovistos de vanidad profesional, no ambicionaban las pequeñas victorias de todos los días; no les importaba figurar en los valores de cotización efímera; trabajaban por la obra que creían que había de surgir de su colaboración, y así les vemos terminar una composición de otro, supliendo aquél las deficiencias técnicas de éste y completando el que sabía más las lagunas del que sabía menos».

«No se trataba en su colaboración de que cada cual abdicase de su personalidad propia, de imponer un modelo único, un patrón concebido de una vez para todos, no; lo esencial era convenir en los principios establecidos, tenerlos en cuenta, pero escuchando cada cual la voz de su individualidad».

Constituían el admirable grupo: *Emilio Alejovitch Balakiref*, nacido en Nijni-Novgorod en 1837 y muerto en Petrogrado en 1910; matemático, naturalista, pianista y compositor. *César Antoniovitch Cui*, nacido en Wilna en 1835, muerto en Petrogrado en 1915; ingeniero militar — llegó a general — catedrático de fortificaciones en la Escuela del ramo, compositor y gran erudito de música. *Alejandro Porfiriovitch Borodín*, nacido en Petrogrado en 1833, y muerto en la misma ciudad en 1887, hijo natural del príncipe *Gedeonof* de la raza ínclita de los *Imeretinski*; químico y médico militar, catedrático de la Academia médico quirúrgica de Petrogrado y muy célebre compositor. *Moderato Petrovitch Musorgski*, nacido en Karef, de la provincia de Pskof, en 1835 y muerto en Petrogrado en 1881; oficial de infantería, más tarde ínfimo oficinista, pero siempre genial compositor. Y, por fin, *Nicolás Andrevitch Rimski-Korsakof* nacido en Tischvin, provincia de Novgorod, en 1844 y muerto en Petrogrado en 1908; oficial de la marina de guerra y sapientísimo compositor.

El fundador del grupo fué *Balakiref*. El más personal y admirable de ellos fué *Musorgski*. El

más inspirado fué *Borodín*. El más técnico, en todo tiempo, fué *Rimski-Korsakof*. Y el más erudito y escritor fué *César Cui*.

Todos ellos se reunían en casa de *Balakiref*, atraídos por una fuerza simpática superior que, aun a pesar de su voluntad, les atraía y unía. Allí fueron presentándose unos a otros y allí cambiaron impresiones, proyectos, ideas, en fin. Y, por último, se percataron de que tenían un gran ideal común que defender, y que estaba condensado en desbordar una formidable corriente musical desde Rusia hacia Europa, con objeto de oponerla a la que Europa mandaba y había insistentemente mandado con furia irrefrenable a Rusia, primero a través de Italia, después a través de Francia y, por último, a través de Alemania.

De aquí nació la unión sincera y estrechísima, en la que hubo inclusive que repartirse el trabajo para salir al encuentro de los numerosos enemigos de ella. Y así *Balakiref* empuñó la batuta de la *Sociedad imperial rusa de música* para popularizar la obra de sus compañeros. *Musorgski* afinó extraordinariamente el estilete de la sátira musical para vengarse de una manera ingeniosa y definitiva de los ultrajes, poco meditados, de los críticos. *Rimski* y *Borodín* diéronse a crear con febril ahinco para confundir con las mejores armas a sus numerosos detractores. Y, para final, *César Cui* aprestó la pluma y se lanzó a sostener los ideales de la comunidad en la prensa.

César Cui, de origen francés, es más conocido por los estudiosos como el buen crítico de arte de «El Diario de San Petersburgo» y de «La Revista y Gaceta musical» donde rompía gallardamente lanzas en pró de la dirección estética del grupo a que pertenecía. Acaso sea también mucho más conocido como autor del libro inapreciable que lleva por título: «La música en Rusia» en el que expone de modo brillantísimo las vidas, las inquietudes, los férvidos momentos de lucha y las tendencias artísticas y revolucionarias del famoso *Grupo de los Cinco*. Su música, no obstante, es de gran interés y comenzó en estos últimos años a oírse en los conciertos españoles, llevando la iniciativa en este menester, como es natural, las *Sociedades Filarmónicas*. Debo advertir, empero, que no es mucho lo que *Cui* escribió en sentido genuinamente nacional; acaso la ópera «El prisionero del Cáucaso» y algunos de sus numerosos lieder. Buscó, casi siempre, inspiración para sus obras teatrales en novelas y cuentos franceses: «Angelo», «Manizelle», «Fifi», «Mateo Falconi» etc. Y hasta en sus obras de piano, delicadas y agradabilísimas, no se encuentra su hermandad con los cuatro restantes más que por su eterno anhelo de hallar formas nuevas de expresión musical.

(Continuará)

BENITO A. BUYLLA.

«La tierra de María Santísima»,
por Benito Más y Prat :-: :-:

La «Biblioteca Giralda», dirigida por el reputado novelista José Más, ha inaugurado su publicación reimprimiendo «La tierra de María Santísima», libro de esencias andaluzas, original de Benito Más y Prat.

El título de la obra parece denunciar que se trata de una de esas tablas compuestas de alegorías flamencas, que ponen a ciertas gentes en actitud hostil frente a su lectura. Y nada más lejos de tal suposición. Lo que menos cabrillea por las quinientas y pico de páginas del libro, son los cuadros y personajes del «zapateo» y garganteo, ni las estereotipias de machismo pretencioso fundidas en las dehesas y en las arenas de los cosos.

Hubo un tiempo —por fortuna ya distante— que Andalucía fué volcada en el espíritu de las demás regiones, dándose el caso inaudito de llegar a embriagarle tan sólo con el aire saleroso de sus «bailaoras» y cantes *jondos*, con el gracejo y picardía inmensa de sus gitanos y con el coraje hirviente de sus bestiaros. Se aceptaron sus ademanes, su indumento y sus coplas. El alarde sistemático de las modalidades y guiños del andalucismo, llevado a la exaltación por los poetas y literatos inmersos en la pira y en la consagración del retablo pagano contribuyó al falseamiento del genio sublime de Andalucía hasta el extremo de manchar la tersura de su gracia e involucrar sus esencias verdaderas de estirpe.

La tierra del Sur se reveló entonces como el país de la alegría y de la gracia—como en realidad es—pero al definirla, no se tenía en cuenta la gracia voluptuosa como alma de la belleza, ni la alegría luminosa como producto adorable de su ambiente cargado de felicidad, sino esa otra gracia patosa entroncada en el chiste forzado y en la historieta vulgar. Se la tuvo sólo por el país de la juerga empalmada, del señoritismo y la gallofería, de los amores trágicos, de los grandes bandidos y maestros del toreo.

Y España entera, alucinada por esta explosión de valores enérgicos e imaginativos, gozó hasta el paroxismo remedando al «asaura» y alzando un inmenso altar de fervores votivos al gitanismo.

¡Pobre de la incomparable tierra andaluza, cuna venturosa de Argantonios y sede magnífica de los Omniadas; si en sus entrañas tan opulentas y señoriales ayer, no quedase otro destello espiritual, ni más riqueza que ese bastardo coeficiente de vidad

Mas el tiempo de la ofuscación y del endiosa-

miento gitano pasó. Relegados a su ínfimo estrato los elementos fantasmagóricos de la flamenquería; vuelve a ocupar su rango superior y renacer con más ímpetu a los ojos del observador la Andalucía auténtica, con su brillo y aroma pretérita, la Andalucía de usos honestos; jovial y hacendosa, dicharachera y digna.

Por si aún se dudase de ello reaparece la presente obra poblada de afirmaciones virtuosas, y no menos repleta de acuarelas vivas capaz de persuadir todo juicio relapso,

«La tierra de María Santísima» es un bello canto a Andalucía y un inventario de sus glorias antiguas y riqueza presente. Su autor, espíritu cultivado en los mejores tratados de su tiempo y gran observador de la vida andaluza, supo plasmar en estas páginas toda la gama del carácter y fuerte colorido del paisaje. La labor no es tan fácil de ejecutar como a primera vista parece. En otras regiones es posible el trabajo de acotamiento y hasta el logro de aprisionar el alma sin desplazar considerable esfuerzo porque el curso histórico carece de protoplasma curvilíneo y feraz.

Andalucía posee más radio y densidad histórica que toda la península. En arte es un museo eternamente abierto a los ojos extranjeros y peninsulares. De ahí que anonade a quien pretenda estudiarla. Se ofrece tan exuberante, tan luminosa, tan soberbiamente fecundada por las infinitas larvas que a través del tiempo atrajo el encanto de su cielo y el perfume embriagador de su clima, que es punto menos que imposible tratar de recoger lo más grave y delicado de su espíritu por una sola voluntad. Cada partícula de arte, como cada flor, contiene tal cargazón de zumo aromático, que en su análisis y descripción minuciosa se invertiría incalculable tiempo y se llenarían resmas de papel.

Sin embargo, esta labor vasta, honda y paciente, intentada parcamente pero con soluciones acertadas en «La tierra de María Santísima», la hubiese realizado su autor con sobrada fortuna por hallarse plenamente documentado para ella y por ser hijo del suelo andaluz y sentir fuertemente todo el vitalismo de la tierra dentro de la sangre.

Sí; merced a este libro bienhechor, expertamente trazado y más admirablemente matizado de giros y galas literarias, podemos ir anotando deliciosamente las joyas históricas y maravillas arquitectónicas simbolizadas en la Giralda y el Generalife, en el barrio de Santa Cruz y el Albaicín lugares preñados de dulcísimos y melancólicos recuerdos. Y, asimismo, recibir íntegra la visión de belleza que despiden sus innúmeros alminares y amorosos campanarios; la angustia y misticismo de su can-

cionero; el enigma de las celosías; la vida interior de los ermitorios cordobeses; la recolección de la aceituna—¡oh, pintorescas e inolvidables escenas de grato sabor andaluz!—; la rifa del beso, tan culminante de interés; la salida del rosario de la Aurora; la tienda de Fígaro y su silueta legendaria; y, por último, los famosos pasos de Semana Santa y la incomparable Feria de Sevilla con sus cuadros de vivaz policromía y hondo casticismo,

**«Dos pueblos de Castilla»,
por J. Gutiérrez Solana.**

Gutiérrez Solana, es un pintor que bulle mucho ahora y que ocupa por beneplácito general, un alto sitio dentro de la esfera del arte. Sus lienzos, se equiparan a los de Ignacio Zuloaga por lo que tienen de lacerantes, por esa significación acentuada de escoger los asuntos de recio carácter y solazarse con las exudaciones más sombrías y deprimentes. Pero, además de pintar, escribe, cosa desusada en los pintores. Diríase, que los temas primero los traza en el papel y luego los traslada al lienzo, o viceversa. Tanto su arte pictórico, como sus libros, encuentran siempre afortunado eco. Cada producción, obtiene un éxito clamoroso de crítica. ¿Legítimo? Ya veremos.

Atraídos por la dulce sirena del ditirambo, hemos adquirido «Dos pueblos de Castilla». Trátase de reflejar las tintas esenciales de Colmenar Viejo y de Buitrago del Lozoya. Son varios trazos inconexos, unas notas breves y deshilachadas, sacadas al parecer, de cierta obra que figura inédita. Los que ya conocen los «Cuadernos literarios», saben que la letra que contienen se digiere en cortísimo espacio. Pues bien; la narración que hace de Colmenar nos costó trabajo apechugarla; y la relativa a Buitrago, quedó para mejores horas. No se explican las alabanzas y la atención que se muestra a semejantes partos. Se precisa vivir ligado íntimamente al pintor, o carecer de visiones literarias engendradas en el alma caliginosa de los pueblos castellanos y de las cercanías de Madrid.

Si algo exime de la censura a Solana, es su profesión de pintor, porque suponemos que no pretenderá alcanzar con estos escauceos literarios la consagración como escritor.

Las descripciones que nos da de Colmenar y de Buitrago, no encierran mérito intrínseco, ni figuran revestidas con la gracia del ingenio fecundo. Es un relato opaco, sin medula, y sin luces penetrantes.

Copiemos: «Por aquí se sale al campo—habla de Colmenar—se ven las casas de un solo piso con sus gruesas chimeneas y recias puertas, con establos y corrales, donde picotean la boñiga algunas gallinas. Estas casas están cimentadas en las enormes moles de piedra. Muchas bolas de gra-

nito se apoyan unas en otras, las mujeres lavan la ropa en artesas y van con herradas a la fuente a llenarlas, preparan la comida, peinan y lavan a los chicos, ponen a secar la ropa en el corral encima de un montón de leña para el invierno y cuelgan de unas estacas el pantalón remendado y muy largo de piernas de su hombre».

He aquí otro trazo íntegro de la plaza de Buitrago: «¡La de palos que hay en esta plaza aportada, los tenderetes con grandes pañuelos de colores, mantones con flores estampadas, piezas de telas y baratijas! Aquí se celebran las novilladas de Buitrago, ponen unas barreras, y al pie de estos viejos portales de forma de arco montan los tablados de los tendidos; el toro sale del taller, que hace de chiquero, del herrero Santiago Alonso que está al lado de la zapatería del botero Cayetano Díaz. Como la plaza está en un terreno muy desigual y lleno de guigarros, salen muchos mozos del pueblo escalabrados al ser volteados por el toro y caer de cabeza contra las piedras. Cuando sale un toro cornalón y corrido ya en otros pueblos los mozos se echan encima y a palos y navajazos le asesinan. En esta plaza está la pastelería y confitería de Narciso y la sastrería de Valentín Sanz».

Con esta opacidad y sonsonete desde que empieza hasta que termina, no hay ánimo que le siga sin fatigarse y que dé por bien empleado el tiempo invertido en la lectura; y, la verdad sea dicha, no acertamos a coordinar el juicio vertido sobre tal Cuaderno, por ciertas plumas consideradas de gran talante y estimación objetiva en la revisión de valores.

Después de las páginas escritas por Eugenio Noel en «Las Capeas», «Un tren especial de toros en Castilla», «Los toros en los Carabancheles en el año del desastre», y el capítulo «Puente de Vallecas» recogidos en «Nervios de la Raza» y cien trabajos más dispersos y definidos por ese mismo estilo, la esencia de estos apuntes de Solana, se difumina como la tenue capa de niebla a la presión fulgurante de los rayos solares. Y lo asombroso del caso, es que las descripciones insertas en los libros geniales, así, geniales, de Noel, no provocaron una línea cuando se publicaron, ni salen nunca a colación al tocarse los temas de visión y psicología española.

Ni Azorín, ni Baroja, ni Zuloaga, ni Solana, ni aún el propio Larra, han penetrado tanto en el corazón de Castilla como Eugenio Noel, ni han derrochado tan fulminante caudal artístico, ni se han revelado con una literatura tan vigorosa, ni con unos cuadros de originalidad tan emotiva. Lo de Noel es algo que convulsiona, que pasma, que se graba perennemente en la memoria y que está por encima de todo eso que se elogia continuamente. Otra generación menos enemiga, al revisar los ele-

mentos fundamentales y de valor literario que concurren en la obra de Noel, lo proclamará así.

«Archivo español de Arte y Arqueología». (Centro de Estudios Históricos) :-: :-:

La labor meritoria sobre toda ponderación que viene desarrollando el Centro de Estudios Históricos, en cuyo seno se refugia la Junta para Ampliación de Estudios, integrada por las mejores voluntades y firmes inteligencias, se ve colmada de interés y hechizo mental con la nueva publicación cuatrimestral «Archivo español de arte y arqueología» auspiciada por las claras dotes de talento y experta mirada de los señores Gómez Moreno y Elías Zormo.

Si de algo bueno, reparador y expositivo podemos vanagloriarnos como españoles es del trabajo tan austero que sale de esa Casa. Su biblioteca es modelo de tratados sapientísimos, de materias de revisión científica y de hallazgos valiosos.

Conforta seguir paso a paso, la tarea ininterrumpida de los hombres del Centro de Estudios Históricos, que obran desentendidos de la vorágine y creaciones del día, embebidos tan solo en descifrar lo de esencia secular, y andando de un punto a otro en busca de la revelación; tirando placas fotográficas, cotejando textos, examinando figuras, perfiles, estrías, volutas y paramentos, hasta conseguir la clave luminosa y ofrecernos su autenticidad biográficamente catalogada.

En las notas prolegómenas del primer tomo del «Archivo español de arte y arqueología» D. Manuel Gómez Moreno establece la premisa de que «está por hacer la historia de nuestro Renacimiento». Cierto que en la esfera del arte figura mucho sin acotar y no poco sin esclarecer debidamente. Pero no es el arte quien más puede quejarse de abandono y de falta de gente que acometa la empresa soberbia de su reconstrucción acendrada. Si echamos una simple ojeada por las demás actividades de la inteligencia percibiremos que casi todos nuestros pasos van enderezados hacia ese orden. Jamás se ha desplazado tanta sabiduría y energía en reconstruir y en conocer el pasado artístico, ni se vió una floración crítica como la de hoy consagrada a temas relacionados puramente con el arte. Las generaciones actuales se definen en la creación y criticismo de tales motivos dejando preteridos los asuntos de investigación histórica, y olvidada la etnografía y geografía antigua del país. ¡En este respecto sí que existen lagunas y obscuridades! y ¡sabe Dios! cuándo se salvarán! Exceptuando ciertas individualidades de gran relieve, interesadas vivamente en proyectar sobre la faz marmórea de la época, los hechos emocionales de la vida pasada, poquísimos son los que sienten curiosidad por saber los rasgos generales de las materias susodichas y mucho menos deseos de incorporarse a la investigación.

Lo que más se destaca de los dos tomos que han salido del «Archivo español de arte y arqueología» con ser todo de tan autorizada prosapia, son un vasto y concienzudo trabajo del Sr. Gómez Moreno titulado: «Hacia Lorenzo Vázquez» y otro de D. Elías Tormo: «Los cuatro grandes crucifijos de bronce dorado de El Escorial» obra de Leoni, Tacca, Bernini y Guidi.

Gómez Moreno desarrolla su ancha ala y fina pupila sobre «El colegio de Santa Cruz en Valladolid»; «El Palacio de Cogolludo»—Sigüenza; «El Convento de San Antonio de Mondéjar».—Guadalajara; y «El Castillo de la Calahorra». Cuarenta y ocho preciosas láminas ilustran el estudio del eminente historiador y reconstructor del arte español mozárabe en los siglos IX y XI entre cuyo texto profuso de datos aclaratorios y excelencias idiomáticas, se intercalan sabrosos rasgos de carácter e intimidades de los magnates que vivieron el período de Isabel de Castilla y de Fernando de Aragón.

Pudiera darse el caso de que se criticase el aporte biográfico en tales trabajos fundándose en que perjudica, o trunca la corriente dilucidativa y menoscaba el arquitebe científico de la obra. Pero no es así. Son necesarias las intercalaciones biográficas, y, más, si las dirige una mano sabia, porque en determinadas ocasiones revelan los enigmas y suavizan la aridez del dato pelado, la cifra monótona y el término inasequible al lector desentrenado. Con estos modos de templada sugerencia se allana infinitamente la vulgarización y se incita a fijar la mirada fría y reacia ya de por sí hacia estas labores.

Siguen a los trabajos de los señores Gómez Moreno y Zormo, otros muy significativos de Orueta, Cabré, Sánchez Catón, Angulo Yñiguez, Prieto Vives, C. de Ubergelina; y varios más, maestros todos en materia de arte y en arqueología.

Con esta publicación valiosa se pone más al alcance de las gentes gustosas de conocer las joyas arquitectónicas diseminadas por lugares remotos y solitarios, y se proyecta con fuerza expansiva la destreza mental de unos hombres, que, como los insectos, sin recibir el aplauso cálido de las multitudes, tejen y desmenuzan la Historia del Arte y aclaran zonas de la vida de nuestros antepasados.

EUGENIO DOMINGO.

* * *

Archivo de Tradiciones populares.

Cuentos asturianos, por Aurelio de

Llano Roza de Ampudia. :: :: ::

El folk-lore regional se ha enriquecido con un libro más, pero con un libro serio aunque sea de cuentos. La imaginación de los eruditos ha llena-

do nuestra provincia de una mitología un tanto rica que no está en relación con la oscuridad secular de Asturias ni con la pobreza ideológica del medio. Unos a otros se han ido copiando lo de la *xana*, el *núberu*, el *trasgu*, y no sabemos cuantos entes más, sin que a ninguno se le ocurriera hacer la investigación personal, *etnográfica*, que el tema, como todos los temas folk-lóricos, requiere. Algo parecido ocurrió con lo de Covadonga, hasta que D. Julio Somoza vino con su crítica implacable sino a dilucidar por completo el asunto, a quitarle carácter anticientífico y legendario al mítico episodio. De entonces acá, ningún autor regional volvió a escribir del tema que no dejara peor la cuestión, por la absoluta carencia de preparación científica. Solo de oídas sabemos que un francés, Mr. Barreau Indigo, publicó en la *Revue Hispanique* unas interesantes y serias investigaciones sobre la monarquía asturiana.

El primero que con toda escrupulosidad acomete la tarea de estudiar sobre el terreno la tradición oral popular es el Sr. de Llano. A pie, de pueblo en pueblo, reúne en torno suyo a las personas que conocen cuentos, cantares, romanzas, y meticulosamente, sin agregarles adornos literarios, que eso sería traicionar la propia labor, los va transcribiendo y forma con ellos el volumen que hoy publica

la Junta para ampliación de estudios. El hecho de que esta institución publique tal libro dice ya bastante sobre su mérito y sobre la importancia del tema.

La tosca zafiedad cultural del medio no aprecia estos trabajos, que considera *caxigalines* de chiflados. Es mejor publicar libros que halaguen la vanidad provincial, plenos de retórica patrioterica y ensalzadores incluso de nuestro atraso. Pues estos libros, como el de D. Aurelio de Llano, son, sencillamente, los materiales indispensables para escribir la historia, y con tal objeto se creó la ciencia de la Etnografía. Sobre ellos se asientan los estudios acerca de las transmigraciones de pueblos, las influencias sociales, la asimilación de unas civilizaciones por otras. Tal cuento o romance que se oye en nuestras montañas, y otro erudito recoge en Ucrania, y otro en el Irak, dice tanto a la Historia como un monumento escrito. Merece por ello respeto y alabanzas quien con desprendimiento personal y guiado sólo por el amor al estudio sacrifica ocupaciones más lucrativas por una ciencia que otros han de aprovechar y quizá adquieran con ella personalidad relevante, que nunca alcanzará a primer investigador.

J. L. A.



Delegaciones y puntos en que se vende VERBA

En España

Alava.—*Vitoria.*—Doña Marcela Alonso; Plaza de Bilbao.

Albacete.—D. F. del Campo Aguilar; Serrano Alcázar, 4.

Albacete.—*Almansa.*—D. Pedro Martínez.

Alicante.—D. José Irlés Negro.

Barcelona.—Central Repartidora; Ciegos de la Boquería.

Cáceres.—D. Joaquín Criado Romero; Postigo, 3, 2.º.

Cádiz.—*Jerez de la Frontera.*—D. Domingo Beas Alvarez; Molineros, 7, y D. Miguel Gerner; Duque de Almodóvar.

Canarias.—*Las Palmas.*—D. Enrique Ramón Catalán; Canalejas, 37.

Canarias.—*Santa Cruz de Tenerife.*—don Francisco Martínez Viera; Alfonso XIII, 68.

Castellón.—D. José Castelló y Arroyo.

Coruña.—D. Miguel Taboada Bayolo; Cuesta de San Agustín, 16.

Coruña.—*Santiago.*—Sres. Cimadevilla y Porto.

Gerona.—*Port Bou.*—D. E. San Cristóbal, Pozo, 3.

Guadalajara.—D. Luis Martín; Miguel Fluiters, 39.

Guipúzcoa.—*San Sebastián.*—D. Matías Barba Cañas; Vergara, 9.

Jaén.—D. Ramón Pardiñas Trujillo.

Madrid.—Sociedad General Española de Librería, Diarios y Revistas.

Murcia.—*Cartagena.*—D. Joaquín Moncada Moreno; Plaza San Ginés, 1.

Salamanca.—Sra. Viuda de Leonardo Pedraz; Doctor Riesco, 92, principal.

Santander.—D. Vicente Rasilla; 1.º de Mayo, 16.

Tarragona.—D. Pedro González López; Plaza del Pallol, 5.

Toledo.—D. Ramón Garrido; Plaza Zocodover, 44.

Valencia.—D. A. Tarín Sales; Cuarte, 54.

Valencia.—*Játiva.*—D. Eduardo Morales.

Valladolid.—D. Alejo Montero; Ferrari, 4 y 6.

Vizcaya.—*Bilbao.*—D. Manuel Miñambres; Gran Vía, 6.

Zamora.—D. Victoriano José Velasco y don Alfonso Ramírez.

EN AMÉRICA

Argentina.—*Buenos Aires.*—D. Antonio Manzanera; Independencia, 856.

Argentina.—*Rosario.*—D. Ricardo Sopena.

Bolivia.—*La Paz.*—Sres. Flores San Román y Compañía; Plaza Murillo.

Colombia.—*Bogotá.*—Sres. Concha y Michelsen.

Colombia.—*Medellín.*—D. Antonio J. Cano.

Costa Rica.—*San José.*—Sres. Trejos Hermanos, y Sres. Sauter y Compañía.

Cuba.—*Habana.*—D. Valentín García; Obispo, 110.

Chile.—*Santiago.*—Sres. Francisco Marín y Compañía; V. Mackenna, y Sres. E. Zamorano; calle Compañía, 1.015.

Chile.—*Valparaíso.*—D. Marcial Loredo; Victoria, 900.

Ecuador.—*Guayaquil.*—Sres. Janer y C.ª.

Ecuador.—*Quito.*—D. Antonio Lucio Paredes.

México.—D. Rito Esteban; Humboldt, 30.

Panamá.—Sres. Preciado y Compañía.

San Salvador.—Librería Universal, y señores Mata y Centel.

Uruguay.—*Montevideo.*—Sres. Luis y Manuel Pérez; 25 de Mayo, 483, y D. Maximino García; Sarandi, 477/81.

Imp. MINERVA antes «El Noroeste»
=== Linares Rivas, 24. - GIJÓN ===

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre..... 3,00 Ptas.
 Un semestre..... 5,50 —
 Un año..... 10,00 —

Número suelto: UNA peseta

Sr. Administrador de la Revista VERBA, Anselmo Cifuentes, 10.

GIJÓN

Sírvase Ud. suscribirme por un a la revista
 "Verba". El importe de la suscripción lo envío hoy por giro postal.

En a de de 192

(Firma)

Mi dirección:

TARIFA DE ANUNCIOS

Una página de 150 X 260 m/m..... 100 Ptas. inserción
 Media página..... 60 — —
 Un cuarto de página..... 30 — —
 Un octavo de página..... 15 — —
 Sección profesional..... 5,00 — —

Para más de tres inserciones, descuentos especiales

Sr. Administrador de la Revista «VERBA»

Anselmo Cifuentes, 10.—GIJÓN

Sírvase Ud. admitir la publicación del adjunto anuncio
 para inserciones ^{continuas}/_{alternas} El importe de las inserciones será
 pagado a Ud. en giro a mi cargo.

En a de de 192

(Firma)

Mi dirección:

José Loredó Aparicio
 ABOGADO
 Jesús, 4, 2.º—Teléfono 50 Oviedo

Sergio Alvarez
 PROCURADOR DE LOS TRIBUNALES
 TRAVEÍA DE ALEJANDRO PIDAL
 (Frente a la Plaza Cubierta) MIERES